

EMILIA HOVER

Fuego en mi
CORAZON

Fuego en mi Corazón

EMILIA HOVER

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Para mis lectoras. Sin vosotras nada de este hermoso trabajo sería posible.

Gracias por dedicar su valioso tiempo a leer mis líneas.

Gracias a cada una de ustedes.

CONTENIDO DE LA NOVELA

[Prefacio](#)

[Capítulo 1: Augusto](#)

[Capítulo 2: Augusto](#)

[Capítulo 3: Augusto](#)

[Capítulo 4: Augusto](#)

[Capítulo 5: Mónica](#)

[Capítulo 6: Mónica](#)

[Capítulo 7: Augusto](#)

[Capítulo 8: Augusto](#)

[Capítulo 9: Augusto](#)

[Capítulo 10: Augusto](#)

[Epílogo](#)

[Augusto](#)

[Mónica](#)

Prefacio

Me había involucrado en el cuidado de unos niños que eran víctimas de la guerra despiadada de sus padres. Una pareja que, además, estaba divorciándose. Ya cada niño sabía adónde quería ir, pero por sus cortas edades no tenían la posibilidad de elegir. Solo acatar las órdenes que les daban. Entendí que la información que me habían proporcionado no había estado completa. Yo supuestamente iba a ser la niñera. Hasta ahí todo iba bien. Pero no me habían dicho toda la verdad.

Entendí que el trabajo me había caído como anillo al dedo. Como no tenía dónde quedarme porque mi cuarto estaba en medio de un problema burocrático, contar con ese empleo me ayudaba a pasar las noches en un lugar agradable. El papá de los niños, un hombre de unos treinta y tantos años, guapo como ningún tipo que hubiera visto en mi vida, me había contactado para que empezara a trabajar y me había contratado posteriormente. La oferta había sido buena, pues me daría un excelente sueldo y me permitiría continuar mis estudios universitarios, que estaban justo en la mitad del camino.

Capítulo 1: Augusto

Pensar en cogerme a la chica que cuidaba a tus hijos me parecía una locura, pero... carajo. Sus tetas saltaban tanto y sus pantalones estaban tan apretados que quería azotar ese culo sin parar. Traté de mirar para otro lado mientras me arrepentía de haber buscado a esa mujer.

Eso fue lo que pensé inicialmente. Solo al principio, pues después de ese pensamiento hemos tenido relaciones unas treinta veces. Ahora, con solo mirarme, siento que me invitara a hacer el amor y me lanzo sobre ella sin pensar en que es la niñera.

Nunca había sentido eso. No experimenté esta necesidad ni siquiera cuando estuve casado. Siento que estar con ella me hace mucha falta. Y no solo por lo sexual. Es un hambre que me supera. Quizás el divorcio me afecta o estoy envejeciendo demasiado rápido y me hace falta compañía.

Me excita tanto que todo mi cuerpo se tensa al verla. No entiendo las razones, pero sí entiendo perfectamente que nunca me había deleitado tanto con la vagina de alguna mujer. Por primera vez desde que comencé a tener relaciones, siento que estoy realmente atraído por una chica y que las ganas de cogerla son insaciables.

Las fuertes emociones que me produce esta chica cuando estamos juntos me demuestran que esto va más allá del amor. Si bien amé siempre a mi exesposa, ahora todo es distinto.

Con la niñera intuyo que en algún momento enloqueceré con su presencia o seré aún más feliz de lo que soy ahora.

¿Qué sucede con mi cuerpo que no puedo controlarme? ¿Qué ocurrió para que llegáramos a este punto? Desde que la conocí, trato de dilucidar lo que me pasa. Hicimos el amor por primera vez y jamás imaginé que estaría tan excitado, y ahora... es inevitable.

Cuando ella empieza a frotar su cuerpo sobre el mío, toda mi piel reacciona erizándose instantáneamente. Y cuando despierto, mi primer pensamiento es

sobre ella.

Me emociono tanto que la halo hacia mí para poseerla mientras me olvido del mundo. En ese momento no me importa lo que piensen los demás.

Pero nunca habíamos hablado sobre qué pasaría con nosotros, aunque sabía que nos pasaba algo y debíamos pensar en ello. Si queríamos tener una relación, algún compromiso. Solo habíamos hecho el amor salvajemente y nada más.

Y en este momento, no sabía si iniciar esa conversación con ella. No sabía por qué, pero tenía muchas ganas de hacerlo.

Entonces me concentré y tomé aire. Me acerqué a ella y supe que ya estaba despierta. Ya lo estaba desde hacía al menos quince minutos, con su respiración tranquila, contrastando con mi nerviosismo. Me daba miedo que me respondiera con algún rechazo si me atrevía a tocarle el tema. Tampoco sé si se siente completamente bien conmigo. O si yo mismo me siento bien. Pero sabía que tendría que hablarle al respecto.

"¡Cariño, buenos días!". La abracé fuertemente y acaricié su cabello.

Besó mi pecho y también me abrazó. "Buenos días...", dijo con su voz suave.

Me veía con su picardía juvenil. Esa mirada, si no recuerdo mal, fue lo primero que me cautivó de ella. "Debo prepararme, en solo una hora tengo mi primera clase de la mañana", dijo mientras golpeaba juguetonamente mi abdomen.

Cuando conocí a la niñera supe que no habría forma de evitar zambullirme en su cuerpo, aunque no quería involucrarme con ninguna chica después de estar en guerra permanente con mi exesposa durante los últimos siete meses.

El olor agradable que emanaba, su linda cara, su delicioso trasero. Todo en absoluto. Era como si su cuerpo me llamara y yo respondiera. Apenas pude terminar de hacerle la entrevista porque mi pene por poco rompe mis pantalones con su gran erección.

Aunque antes de contraer matrimonio sí fui un gran conquistador, debo dejar claro algo: no quiero acostarme con todas las chicas que conozco. Al menos no fue así mientras estuve casado durante siete años.

Ni siquiera pensaba en mirar a otra mujer. En el tiempo que estuve casado fui

fiel a mi esposa. Lo consideraba un error muy grave. Ahora soy soltero nuevamente, y quiero volver a vivir esos gloriosos tiempos, con muchos culos a mi alrededor.

Vanessa y yo solo teníamos tres años de diferencia y las chicas con las que me acosté antes de conocerla casi siempre tenían mi edad o eran un poco mayores. Pero con la niñera pasa algo que no me había sucedido. Es más joven que yo. Mucho más joven. Es nueve años menor.

Reconozco que me gustan las mujeres experimentadas. Pero Mónica es distinta. Es más joven que yo, pero siempre descubro algo de ella que me hechiza. Es como si no me importara cuánta experiencia tiene, porque su presencia vale por diez mujeres o más.

Ella es una persona totalmente opuesta a Vanessa, con quien yo debía intentar usar telepatía para descubrir lo que quería. Es una jovencita muy sincera y desenfrenada. Está muy clara en cuanto a sus deseos y los dice sin tapujos. Son tan diferentes que parecen venidas de dos planetas diferentes.

A pesar de eso, no considero que Vanessa fuese una mujer desagradable o alguien indeseable. Ella tenía algunas metas y yo quería otras. Quizás el tiempo y la rutina nos alteraron y dejamos de ser felices. Ya no estábamos bien juntos.

Vanessa quiere pasar su vida entre desfiles de modas y clubes de equitación, pero yo prefiero montar bicicleta, escalar e ir a eventos de tatuajes. Aunque fuimos honestos antes de casarnos, imagino que eso no la detuvo pues quería explorar esa faceta sin ataduras de su vida. Hasta que se cansó de lo que vio.

Han pasado siete años, ahora tenemos dos hijos, y nació dentro de ella un espíritu de libertad. La entiendo. Lo que no entiendo es por qué quiere poner a nuestros hijos en hogares diferentes.

Vanessa repentinamente quiere sentirse libre, pero pretende meterlos en esa espiral de libertinaje y comenzar de nuevo. Ellos solo han vivido en un hogar. Ha sido un lugar estable, hasta ahora. Que se vaya a la mierda.

Mi suegro tiene mucho dinero. Y nunca fui de su agrado. Planearon joderme la vida y quedarse con todo. Pero yo haría todo lo que fuese necesario por mis pequeños. no se detuvieron a pensar en mis planes. Ellos no se merecen sufrir solo por la conducta repentina de su madre ni el dinero de su abuelo.

Estaba dispuesto a ensuciarme las manos por mis niños. Sabía que en la guerra vale todo. Estaba tan decidido a quedarme con ellos y obtener la custodia, aunque eso significara usar estrategias no muy éticas. Y en el ínterin quise matar a los bastardos que querían impedirme estar con mis pequeños.

Pero su madre tenía algo en mente. Quería obtener la custodia completa de los niños, mientras que ellos querían quedarse conmigo. Era lo mismo que quería yo. Quería hacer todo lo que estuviera en mis manos para que mis hijos fuesen felices. Todo. Y que ellos obtuvieran lo que querían.

Entonces saqué todos mis ahorros del banco para pagar los honorarios del abogado más inteligente y experto que pudiera encontrar en la ciudad. Así, podría hacerle frente a la abogada del costoso bufete Rivas y Asociados que ellos buscaron. Había llegado la hora de pelear por mis amados hijos. No cedería un ápice. Me decidí a luchar con todas mis fuerzas. Por ellos.

Después de la descarnada lucha en las audiencias, el juez emitió su veredicto final. Teníamos que estar con nuestros hijos la mitad del tiempo. Es decir, ella estaría con mis pequeños dos semanas al mes y yo estaría con ellos el mismo periodo. No me gustaba la idea, pero debía respetar las órdenes del juez.

Pero mis hijos no eran muy partidarios de la idea. Quizás la terrible relación de mis hijos con sus abuelos maternos había sido la razón por la que Vanessa había solicitado el divorcio. Ahora comparten una casa con ellos, con los que no simpatizan mucho.

Mis suegros notaron que sus nietos no querían pasar mucho tiempo con ellos. Hablaron con Vanessa varias veces y la convencieron de dejarme. Al final lo decidió. Puede irse al carajo.

Lo único que lamento es que mis inocentes pequeños sufren cuando les digo que deben prepararse para ir a casa de sus abuelos. Me lastima verlos sufrir de esa manera, pero tengo que acatar la orden judicial. Mi hijo menor, que solo tiene seis años, llora y afirma que quiere ser mayor de edad para quedarse conmigo todo el tiempo.

Siento que mi alma se destroza cada vez que pasamos por eso. Mi hija, la otra dueña de mi corazón, no llega al punto de llorar para demostrarme su dolor. Con solo ver su expresión sé que le duele partir a casa de sus abuelos.

Vanessa siempre quiso vivir atada a sus padres, como si aún fuese una niña

consentida, y esa falta de independencia nos llevó irremediablemente al divorcio. No me parece una mala persona ni una mala madre. Nunca lo fue durante siete años. Pero no quiere soltar a sus papás.

Pero ellos no lograrán atar a mis hijos como hicieron con ella. Tengo un plan muy bien trazado para combatirlos y defender a mis hijos, para que ofrezcan como personas maduras e independientes. No me importa lo que ellos piensen o si se interponen en mi camino. Cuando intenten hacer el más mínimo movimiento para controlar a mis hijos, van a llevarse varios golpes. Que se preparen, porque voy a darles pelea.

Se me hizo inevitable contratar los servicios de una niñera. Me costó vivir en medio de este vendaval de cosas. Tenía que dirigir mi empresa, estar libre durante las tardes para buscar a los niños al salir de la guardería y luego del preescolar.

Decidí contactar a Mónica. La encontré hace unas seis semanas. Diez días después de conocerla la cogí. Y no supe cómo pude soportar tanto tiempo sin hacerle el amor. Afortunadamente para mí en ese momento, y después, ella también sentía ganas de estar conmigo, lo que me facilitó el trabajo.

Aunque no fue planeado por ninguno, a ambos nos encantó hacerlo: me percaté de que Mónica también posaba sus ojos sobre mi cuerpo, especialmente sobre mis nalgas. Era lo mismo que yo hacía.

Cada vez que los niños se quedan con sus abuelos, su cuerpo se desenfrena. Ya no podemos pasar una noche juntos sin hacer el amor como animales. Así había sido la noche anterior. Habían pasado varios días desde la última vez que habíamos estado juntos y mi pene reclamaba que vagina lo apretara. Solo con varios orgasmos logramos calmar nuestros cuerpos necesitados.

Por primera vez en toda mi vida le hago el amor a alguien con tanto frenesí y por tanto tiempo. Y aunque se lo haga varias veces, siempre quiero volver a probar su cuerpo una y otra vez. La penetro salvajemente, y luego vuelvo a querer estar sobre ella. Siento un deseo inagotable de estar con ella, a toda hora, en todo lugar.

Y ella siempre goza igual que yo, aunque la penetre con fuerza. Disfruta cada orgasmo como si fuese el primero. Aunque vaya lo más profundo de su ser, le encanta que se lo haga. Hemos hecho el amor en cuatro ocasiones durante la

noche, o más, y ella siempre está dispuesta.

Esta mañana me tocó maliciosamente mi abdomen. Entendí que quería que la cogiera antes de salir a sus clases. Incluso estoy dispuesto a llevarla en mi auto y hacerle el amor en el camino a su universidad. La he complacido más que a todas las mujeres con las que he estado. Yo nunca me negaría a darle duro.

"¡Hazlo!", me dijo. Entonces complací su petición. Giré mi cuerpo con rapidez y la penetré. Su vagina me recibió con mucha excitación. Estaba empapada aún, con los rastros de mi semen derramado cuatro horas antes, cuando tuvimos nuestro último encuentro sexual. Sí, su vagina seguía apretada y húmeda. Sabía que la había cogido muy bien.

La niñera me rodeó con sus piernas. Las dejó sobre mis nalgas para recibir mi erección con comodidad. Sabe cómo hacer el amor y disfrutar cada segundo, a pesar de su corta edad y el hecho de que yo he sido su única pareja real, pues tuvo un novio antes de conocerme, pero solo hicieron el amor algunas veces. Nada parecido a esto.

Mi pene se irguió monstruosamente para deslizarse dentro de ella. Así era cada vez que la cogía. Cuando la tuve por primera vez, temí que muriera sofocada por el tamaño de mi pene. Pensé que sus gritos se interrumpirían por el eco de la ambulancia que vendría a buscarla.

Esos alaridos solo salieron de su garganta una vez. Ahora solo gime de infinito placer y sabe cómo tomar mi pene. Y siempre quiere más y más. Ya no quiere separarse de mí.

No obstante, siempre evitamos hacerlo cuando están mis pequeños. Respetamos inmensamente sus presencias. Sin embargo, ellos solo regresarán en dos semanas. Así que hay tiempo para hacer el amor muchas veces.

Sé que es una mujer adulta, que sabe lo que hace y estamos al tanto de lo que sentimos, aunque cuando empezaron nuestras sesiones sexuales, me sentí un poco reprimido al saber que ella era la niñera y que yo le brindaba la oportunidad de dormir en un lugar seguro mientras arreglaba los problemas con su anterior departamento. Ya no siento nada de eso.

Cuando hicimos el amor por primera vez, renuncié a esos pensamientos. Yo sabía lo que quería. Y lo más importante, ella también lo sabía. Y como me

había dejado claro, no tenía ningún temor de expresármelo.

Capítulo 2: Augusto

Hacíamos el amor a cada rato, y nos encantaba, pero después de pasar estas semanas juntos, empecé a tener esa desagradable sospecha de que las cosas entre la niñera y yo no estaban del todo bien. Seguramente ella querría tener algo sólido y duradero, como querría cualquier mujer. O incluso un hombre. Un hombre como yo.

Y si bien seguimos haciéndolo y nadie sabe que estamos juntos, como novios o esposos, el tiempo pasa y las cosas entre nosotros nos hacen sentir más unidos, como si realmente fuésemos una pareja.

Casi todo el tiempo que estoy con ella lo invierto en cogerla. En todas las posiciones posibles. Y aunque trato de buscar unos momentos para hacer otras cosas interesantes, unos minutos después me descubro de nuevo dentro de ella mientras jadea y me pide darle más y más de mi semen.

Sale de la casa a sus clases universitarias, sus sesiones de estudios adicionales y todo lo demás que tiene que hacer en su universidad, y yo me quedo como un pendejo pensando qué hacer mientras la espero o con quién estará. Hasta que regresa. Me siento terriblemente celoso en su ausencia.

He intentado mantener todo oculto, aunque ya hay algunos chismosos interesados en vernos y buscar algún indicio de lo nuestro. También mis vecinos andan en lo mismo. No quiero que mis hijos se enteren todavía, y menos cuando apenas cabo de separarme de su madre.

Lo reconozco. Todo esto es nuevo para mí. No me gusta verme involucrado en rumores disparatados. Tampoco quiero meterla a ella en esos desastrosos comentarios. Aunque recientemente mis esfuerzos por esconder lo nuestro ya no son tan grandes. No sé cómo proceder.

De hecho, creo que Vanessa comienza a creer que algo pasa. Pero su vida ya no me importa, así que no sé por qué quiere saber sobre mí. Al fin y al cabo, no me interesa si tira con alguien o no.

Solo me importa que la niñera no esté con otro hombre ni lastime a mis hijos. Y creo que empiezan a importarme otras cosas también.

Vanessa no quería seguir conmigo, pero le molestaba la idea de que yo fuese

feliz con otra persona, fuese quien fuese. Qué mierda.

Se atrevió a preguntarme por ella cuando fui a su nueva casa, la casa de mis suegros, a dejar a los niños allí. Me limité a ver sus caderas en vez de mirar sus ojos y salí sin decir nada. Ya sé que sospecha de Mónica. Lo sé porque he notado su expresión de molestia cuando la ve al llegar a casa para dejar a mis hijos.

Lo que me interesa es que mis hijos estén bien. Desde que me separé de ella, sé qué responder y en qué momentos. No pierdo tiempo ni malgasto mi esfuerzo en decirle a ella qué debo hacer o con quién paso mi tiempo.

Vi a Mónica y me concentré en ella. Su cara de placer cuando hacemos el amor es espectacular. Sus gemidos placenteros, sus ojos cerrados y su boca abierta hacen que mis ganas de cogerla se incrementen más y más, demostrarle cuánto la deseo.

"Carajo, Augusto, ¿tan pronto vas a venirte?"

Su vagina se tensó con intensidad sobre mi erección. "¡Mierda!". Balanceó sus caderas sobre mi erección y lanzó otros gemidos de excitación.

A Vanessa le gustaba mucho hacer el amor, pero siempre se mostraba tímida al momento de hacerlo. Adoro estar con esta niñera. Lo amo. Hace cosas tan atrevidas que me excitan muchísimo. Es como una chica llegada desde el infierno de la lujuria.

Para Vanessa, todo debía ser a escondidas. Siempre evitaba gemir o decir alguna frase sucia cuando estábamos juntos. Como si se avergonzara de hacer algo tan placentero.

Eso nunca sucede con mi niñera favorita. Se movía tan rico y gritaba tanto que ya yo había olvidado su inexperiencia. Además, le gusta hacerlo a cada rato. Vanessa, en cambio. Cuando yo no podía evitar decir algo o gritar, ella se molestaba.

Se excita cuando la toco en ciertos lugares de su cuerpo. En realidad, en muchos. He descubierto todas esas zonas. Si la toco en otra, se desnuda para mí. Si la toco en alguna parte, logro bajar su cara para que me haga sexo oral. Y así sucesivamente.

Llegamos a un acuerdo sobre nuestro presente: no podemos tener otras parejas

mientras estemos juntos. No sé nada de su pasado ni de su exnovio.

Cada vez que quiero, hacemos el amor. Y punto. Aunque me ha costado entender que, siendo tan joven y estando tan buena, haya honrado ese compromiso. De todas formas, su fidelidad me alegra. Es un acuerdo beneficioso para ambos.

Tuve tantas obligaciones durante tanto tiempo mientras estuve casado que estar con Mónica es como recibir una bocanada de aire fresco. Me siento feliz de hacer el amor con una chica. Una chica que está bien rica y no quiere compromisos, al menos hasta ahora.

Sin embargo, ya no siento lo mismo. Parece que las cosas están cambiando. Quiero tenerla solo para mí. Tengo tanto deseo de ser su único dueño, el propietario exclusivo de su vida y sus nalgas, que ya no sé quién soy ni cuándo me convertí en esto.

Mónica gimió y luego bajó su cuerpo levemente. Quería sacar todo lo que había guardado en mis bolas para ella. Sus gemidos eran una sinfonía para mis oídos. Se movió como una yegua salvaje, empujando su vagina por toda mi erección.

Afortunadamente, mis hijos no están. Me vería obligado a poner una almohada en su boca para callar sus gemidos o tapar sus labios con mi mano. Pero como ellos están con sus abuelos, ella pude darle rienda suelta a sus gritos y su imaginación.

Comí su deliciosa vagina en la mañana, antes de que saliera a su universidad y yo me fuese a mi negocio. Después de que regresó y cenó, volví a disfrutar su vagina como si fuese el postre.

Esa necesidad quizás era la razón de mi preocupación. Cuando estaba a punto de acabar dentro de su cavidad mis pelotas apretaban fuerte, muy fuerte. El resto de mi cuerpo estaba rígido. Y mi mente estaba preocupada.

La niñera está controlándose. Toma la píldora anticonceptiva. Eso me hace sentir satisfecho. No quiero tener más hijos. Al menos no por ahora. Soy enemigo declarado de los condones. Los usé cuando era más joven y me juntaba con desconocidas para hacer el amor.

También sé que ella es una chica sana. Y yo también lo estoy. Suele hacerse exámenes médicos obligatorios porque estudia Enfermería. Acostumbro

hacerme las pruebas de laboratorio y las revisiones generales que mi seguro médico indica. Así que sé que estamos bien.

Y no solo eso. Somos adultos. Sabemos lo que queremos hacer y lo hacemos sin tener que ofrecer explicaciones a nadie. Quiero vivir lo suficiente para ver a mis hijos crecer y graduarse de la universidad. Por eso no quiero cometer errores.

La besé en el cuello y luego la mordí suavemente. La llené con todo mi semen y quise salir de ella, pero me mantuvo ahí, con su vagina comprimiendo mi pene. Sentí que su vagina me apretaba levemente. Era como si su cuerpo quisiera recibir la última molécula de mis líquidos y ella quisiera sentir ese goteo.

Dejé mis ojos sobre los suyos. Mi pene continuaba dentro de ella. "Me habías dicho que estabas apurada", le dije mientras besaba su mentón. Sé que le gusta dejarlo allí una vez que he vaciado mis bolas.

He estado con muchas mujeres toda mi vida, pero nunca había estado con una chica tan honesta y elocuente como ella. "Es que quiero sentirte un rato más. Me encanta cuando nuestros cuerpos se unen", dijo, para recordarme su inhibición.

He tenido relaciones con mujeres muy gritonas, otras que dicen frases excitantes en otros idiomas y otras que siempre mencionan a Dios. Y, sin embargo, es la primera vez que estoy con una chica que me habla con total honestidad sobre lo que quiere que le haga cuando estamos juntos o incluso cuando ya he vaciado mi ser.

Su rostro me mostró una expresión suplicante. Me besó tiernamente y dejó que mi pene saliera de ella. "No quiero retrasarte otra vez. Ya me pasó y fue una cagada". Luego sonrió.

Mónica se levantó. Fue hacia el baño de mi habitación, desnuda, contorneándose para mí. Qué locura, pensé. Vanessa se había vuelto loca repentinamente, lo que me causó una profunda extrañeza. Pero gracias a esos arrebatos pude conocer a Mónica.

La separación y luego el divorcio no fueron tan traumáticos como había pensado inicialmente. Si bien Vanessa se había quejado porque quería mi casa, había sido una herencia de mis padres, por lo que no entró en el acuerdo. Me

negué a compartirla, y el juez asintió. Y ahora sin Mónica, Mi vida sería terriblemente infeliz. Me sentiría incompleto.

Al final, mis cálculos iniciales resultaron ser exagerados. Vanessa tampoco pudo obtener la mitad de mi negocio, pues yo la había abierto antes de casarme con ella. Lo único pendiente era el tema de la manutención de los niños. No había que pelear al respecto. Ya sabía que era mi obligación mantenerlos. Quería hacerlo. Ella salió perdiendo y yo decidí aportar una suma alta para su alimentación y ropa.

Pretendía dañarme porque yo no había cumplido sus sueños. Sospeché que todo era parte de un plan para destruirme cuando el juez tomara su decisión final.

Destruirme al punto de verme vestido como obrero y ponerme a trabajar como peón en unas de las compañías de su padre. Una de sus tantas fábricas en las que explotaba a miles de personas. Ella y su avaro padre podrían comer mucha mierda. Yo no haría eso.

Yo había abierto un pequeño concesionario. Había sido mi sueño desde que estudiaba en la escuela. Ese sueño terminaba de configurarse con el nacimiento de los niños y mi matrimonio, que inicialmente era feliz. Pero Vanessa, la chica que me había acompañado a realizar esos sueños, ahora se comportaba como si yo fuese un problema en todo momento. Por los años felices que tuvimos decidí no pelear con ella, salvo cuando quiso usar a mis hijos para su beneficio.

A Vanessa le irritó llegar al juzgado y que me limitara a preguntar por mis hijos. No pregunté por nada más. Se molestó por mi actitud. Se asombró de saber que no quería seguir con ella o que no moviera un dedo por nuestro matrimonio. Aun cuando ya sospecha que tengo algo con la niñera, creo que quiere convencerme de que volvamos a estar juntos.

Pero eso no va a pasar. Vanessa es consciente de ello. Si la separación era un plan para atarme, salió mal, pues quedarme con ella después de esa treta no era mi intención.

Me quedé en mi cama. Puse mis manos en mi pecho y mis orejas se deleitaron con el sonido del agua cayendo sobre el cuerpo de Mónica. Me encantaría bañarme con ella, como ya había hecho otras veces, pero ella debía ir pronto a

sus clases. Podría hacerle el amor después, cuando volviera. O...

Puse mis pies sobre el piso. Entonces caminé hacia mi baño. Sonrió con picardía cuando descubrió mi presencia detrás de ella. Entré y le di unos segundos para que se quitara el champú de su cabello.

Tenía ganas de ella todavía, así que le penetré de inmediato. Dejé mis manos sobre la pared y su cuerpo quedó entre mi pecho y la cerámica del baño.

Comencé a moverme lentamente, deslizándome poco a poco sobre la entrada de su vagina. Puse mis manos sobre sus caderas para tomar impulso.

Entonces ella dejó escapar unos suaves gemidos. El sonido de su voz me llenó de placer. Quería que gimiera de placer hasta que ese sonido se transformara en gritos de dolor. Quizás soy un depravado, pero quiero causarle dolor al cogerla. Que se vaya a sus clases adolorida y llena de mi semen y que ese líquido se derrame por todas sus bragas y sus pantalones. Que sienta el aroma y me recuerde.

Tomó mis manos y se deslizó sobre mi pene. "Carajos, qué rico es que me penetres". Sus nalgas impactaban mi vientre y sentí cómo entraba en lo más profundo.

"Te voy a dar con todo, cariño. ¿Estás lista para mí?", le pregunté. Noté que su vagina se abría un poco para mí mientras le hablaba.

Puso sus manos en la pared. "Mierda!", dijo. Esperaba impaciente que me moviera dentro de ella. Cuando noté que estaba un poco más relajada, la penetré con suavidad. Unos segundos después, la penetré con más intensidad. Me metí con todo en su interior.

Sentí sus espasmos y decidí bajar la intensidad. Después retomé la potencia. Mónica tembló más fuerte que antes. Empezó a decir groserías y a gritar con fuerza.

Tenía que calmarme, pero sencillamente no podía. Sentía una enorme necesidad de penetrarla lo más fuerte que pudiera. Cada cierto tiempo tenía esa gigantesca hambre de su cuerpo. "¡Calma, ya voy a venirme!".

Continué penetrándola y escuchando sus gemidos. Y sentí que no le hacía daño. Su vagina se tensaba sobre mi pene y parecía querer más. Una vez más besé y mordí su cuello para marcar mi territorio.

Noté que su cara ya mostraba una expresión de dolor. Mónica giró. Me entregó una barra de jabón para que me aseara y respiró con calma. "Cariño, disculpa. No puedo evitar cogerte de esa manera".

Capítulo 3: Augusto

"Jefe, su esposa está afuera. Y está esperándolo".

Limpié mis manos llenas de grasa y caminé hacia la entrada preguntándome qué rayos quería ahora Vanessa. "¿Qué quieres decir con 'esposa'? Creo que olvidaste que ya no soy casado", le dije.

Yo había hecho todo para que la separación fuese amistosa, así que supuse que solo inventaría algo para acercarse a mí. Yo me limitaba a conversar con ella solo para hablar de mis hijos. Si se trataba de ellos, no la ignoraría para nada.

En mi cerebro inquieto, no dejaba de contar los años que faltaban para que mis hijos cumplieren la mayoría de edad. A Rosalía le restaban trece para y a su hermano Marcos doce. Cuando transcurriera ese tiempo ambos tendrían dieciocho años, la edad legal para que tomaran sus propias decisiones y le informaran al juez dónde querrían vivir. Por ellos había evitado ser más rudo con Vanessa.

Si ni logro calmar a Vanessa, ella seguirá insistiendo, aunque entiendo perfectamente que ambos se sienten muy mal. Mi abogado, por su parte, cree que todo mejorará pronto, y que si mis hijos mantienen su deseo de vivir conmigo podríamos solicitar otra audiencia en algunos meses. No quiero estar tan esperanzado. Prefiero esperar.

Cuando fui hacia la entrada del concesionario vi que Vanessa observaba los autos exhibidos. Era la primera vez que la notaba interesada en los productos que yo vendía.

"Vanessa, ¿viniste aquí porque sucedió algo con mis bebés?"

Vi que sus mejillas se enrojecían y empecé a sospechar que estaba apenada. Esperaba estar equivocado sobre lo que me plantearía o la causa de su vergüenza. "Gracias a Dios que no. Vine porque me gustaría conversar contigo, nada más".

Le hice un gesto para que me siguiera a mi oficina, en la parte trasera del concesionario. "En ese caso, acompáñame". Tomé una pequeña botella de agua

de mi nevera y me senté, detrás de mi escritorio, mirándola. Como no le pedí sentarse, se molestó y fue a la silla restante, la que estaba justo frente a mí.

Se aparecía sin avisar en mi empresa. Sentí que no había comprendido del todo que ya no éramos esposos. Era su problema. Todo me parecía incomprensible, pues había sido ella quien había pedido el divorcio.

"No me hagas perder el tiempo. Estoy muy ocupado".

"Podrías tratarme mejor".

"Ya tienes la libertad que querías. Yo no te impido ser feliz. Podría tratarme mejor, como dices, pero tú y yo no tenemos nada de qué hablar, excepto sobre nuestros hijos."

Noté que su rostro había cambiado. Ahora era como una pequeña a punto de llorar porque su padre no la complacía. Pero no me haría cambiar de parecer.

Sus caprichos ya no me importaban un carajo. Ahora, me importa un carajo. Recordé que me había engañado con esa expresión cuando me casé con ella. Me mostraba esos ojos llorosos, y yo complacía todos sus caprichos. A fin de cuentas, era mi esposa y sentía la obligación de satisfacerla en todo. Eso cambió.

"Es solo que Mónica no me parece la mejor niñera. Me gustaría que..."

"Esta conversación terminó".

"¿Cómo dices?"

"Por si no te ha quedado claro, lo que pasa entre las cuatro paredes de mi casa no es asunto tuyo. No tengo que recordártelo".

"Augusto, soy la madre de esos niños..."

"¿Y esos niños que tanto amas te contaron que ella los agredió o algo así?"

"No en realidad. Pero sí creo que ella... es muy joven para ayudarte a criarlos". Ese era el punto relevante de su argumento, aunque ella no lo confesara.

Ya no estaba apenada sino molesta. La furia se notaba en su cara. "Mónica se encarga de ellos desde que salen del preescolar hasta que llego del concesionario. También lo hace los fines de semana y los feriados. Por si lo olvidaste, la última niñera que contrataste apenas tenía diecisiete años".

Y aunque esa molestia no me atraía mucho, sí debo confesar que podía recordar los atributos que me habían unido a ella. Había sido un amor muy fuerte. Vivimos juntos más de ocho años. No había dejado de lado por completo la gran atracción que alguna vez había sentido por Vanessa.

Fue un amor muy intenso, especialmente al inicio de nuestra relación, hasta que dejó la puerta abierta para que entraran sus padres y la manipularan. De todas formas, no dejaba de recordar mi atracción inicial por ella.

Además, era la madre de mis únicos hijos. La trataría con gentileza, para que mis hijos vieran que podía mantener un trato afable con ella. Pero ese sería mi límite. Sabía que plantearía algo que no me gustaría.

"Pues no me parece que ella críe a mis hijos".

"Me importa una mierda si estás de acuerdo o no. A mí no me parece que me digas qué hacer". Vanessa había logrado quebrarme. Me había irritado con sus frases. Había actuado de forma calmada durante los últimos meses, para que mi suegro o ella se molestaran conmigo, así como yo estaba molesto con ellos.

Pero ya ni siquiera éramos familia, y me sabía a mierda lo que pensarán de mí. Querían decirme qué hacer o decir, y no iba a tolerar eso. Recordé que había algo que me había mantenido inquieto, y lo solté de inmediato.

"No se te ocurra meterte con Mónica. Ella no forma parte de esta historia. Y dile a tu papá que ni piense en una manera de joderla. Lo pagarán con creces si hacen algo así. En esto estamos metidos solo tú y yo. No lo olvides. "

"Creo que sí, porque me parece que duermes con esa chica".

Me levanté y caminé rápidamente hacia la puerta, esperando que ella saliera, aun cuando yo no se lo había pedido. Estaba más molesto que antes. ¿Cómo se atrevía a preguntarme eso? "Lo que haga con ella o deje de hacer no te importa. Y si me disculpas, iré a atender mis asuntos", le dije al salir.

Pero sabía que a Vanessa se le ocurrirían cosas peores. De todos modos, no me detuve a pensar qué paso daría después. Solo pensaba decirle a Mónica que tenga mucho cuidado, pero no dejaría que los planes alocados de mi exesposa alteren mi vida o me hagan infeliz.

Finalmente, Vanessa desalojó mi oficina y pude concentrarme en mis autos. Su

recuerdo se esfumó con ella de inmediato, cuando salió del concesionario. Pensé que ella creía que su destino era joderme y acabar con mi vida, así como ella misma había acabado con la suya.

Mónica y yo hablamos mucho durante esa noche. Pasamos la velada en la cocina, preparando nuestra cena. Era una de sus actividades preferidas. Era una mujer más hogareña y dedicada a la cocina que mi propia exesposa.

Vanessa solía cocinar. Pero no le gustaba que nadie la acompañara mientras preparaba sus platos. Mónica sí disfruta de la compañía, especialmente las de los niños. Siempre que están en casa, todos cocinamos juntos y sonreímos.

"Hoy fue Vanessa a mi concesionario".

"Vaya, ¿qué hice para que te visitara? Esa sí es una mala noticia".

"Mónica, a ella no le place saber que alguien me acompaña. No hiciste nada".

"Pero fue ella quien pidió el divorcio".

"Así fue. Te cuento todo esto para que andes con cuidado".

"Augusto, soy una mujer adulta y tomo todas las precauciones. No tienes que pedirme que me proteja".

No soy un hombre de estereotipos o creencias dogmáticas, pero le creo totalmente si me dice que puede tomar todas las precauciones. Mónica se había criado en el barrio italiano de Villa Nueva. Y aunque no sea muy alta, sé que puede hacer lo que sea para defenderse de cualquier pendejo.

Sonreí al escuchar sus palabras. Vi su delicioso trasero y entendí que ahora era un hombre diferente, con gustos muy distintos a los de mi pasado. La besé en su cuello y luego la halé hacia mí.

Quizás por eso la prefería a ella antes que a Vanessa. Mi exesposa es totalmente rubia, casi dorada. En cambio, Mónica tiene un cabello oscuro como el chocolate su piel es de un cálido color moreno. Por donde la mire, hay curvas y fuego. El cuerpo de mi niñera favorita es sin duda alguna, mucho más esbelto que el de Vanessa.

Y las diferencias entre ellas no se restringen a sus cuerpos. Vanessa tiene que recibir dinero de sus padres para sobrevivir. Mónica, por su parte, se vale por sí misma. Ese espíritu independiente me excita.

Con mujeres así, como Mónica, me doy cuenta que no necesito preocuparme ni estar pendiente de caprichos. Solo sé que estoy con una chica que hace el amor como le da la gana y aparte no depende de mí para vivir. Las mujeres que pueden trabajar y tener su propio dinero me agradan.

El solo hecho de tener a mi lado a una mujer independiente me hace feliz. Y si bien las comparaciones me resultan tediosas y fuera de lugar, Vanessa pierde por goleada con Mónica.

¿Cómo es que ella me envolvió y logró captar toda mi atención? Quizás porque me ha demostrado que se esmera por mí y quiere estar conmigo siempre. Mónica había logrado incluso cambiar mis gustos, como recordé antes. Ya no quería estar con una rubia alta y con piel dorada por el sol. Me encantaba pasear de la mano de chicas como esas. Con mi niñera favorita es diferente.

Cada vez que se pone feliz, el tono de sus ojos cambia. Es una linda mujer, con una actitud picante y una piel que irradia belleza. Además, sus labios intensos me recuerdan cómo me hace sexo oral cada vez que los veo. Parecieran esculpidos precisamente para esa tarea.

Ni hablar de su turgente trasero. Cada vez que podía, lo veía. Como ahora. "Ni lo intentes. Se quemaría la comida".

"Diablos, ¿cómo es que siempre tienes ese exquisito aroma?", le pregunté mientras mis manos se deslizaban traviesamente hasta llegar a sus ricos senos. Sonrió al tiempo que luchaba por eludir mi persistente abrazo. Pero no pudo. La tomé por la cintura y dejé mi nariz en su largo cabello.

Mi boca se humedece con ese panorama de placer. Aunque sus senos no son tan grandes como otros que he tocado, me parecen perfectos. Tienen un tamaño discreto, justo para que quepan en mis manos. Me excito solo con verlos. Parecen un par de buenos melocotones crecientes. Lo que más me gusta son sus aureolas parecidas al anochecer y los pequeños pezones en los que rematan.

"No tendremos que movernos de aquí. Te haré el amor aquí mismo para que la comida no se pase de cocción". Cuando toqué esos ricos pezones y acaricié esas mágicas tetas, ya mi pene estaba tocando con fuerza su culo. Ella me respondió con un mar de excitación. Lo sentí cuando palpé sus senos

nuevamente, ya erectos por mis movimientos.

Chupé su cuello justo como a ella le gustaba y empecé a frotarme contra su trasero. Desabotoné sus shorts y los hice a un lado del piso. Después empecé a trabajar en su blusa, quitándosela lentamente hasta que llegó a su cabeza.

No me detuve. Mi erección siguió acariciando sus nalgas. Continué caminando con mis manos por su cuerpo, llegando a su abdomen para volver a sus senos.

Empecé a despojarme de mi ropa. Me desabroché la cremallera de mis vaqueros y los bajé lentamente. Mi pene finalmente estaba libre y lo agradecía. Me había sucedido en varias ocasiones con ella. Tenía tanto deseo de estar con ella que tenía que cogerla con fuerza y rapidez. Después me concentraría en lamer sus tetas y chupar su vagina antes de acostarme a su lado.

Fui sobre su vagina. Toqué la entrada de su interior con mi glande. Unos segundos después pude entrar en su cavidad. Ella gimió. Ese primer gemido de placer al recibir mi erección me encanta.

Debí contener mis sentidos y tensar mi mandíbula mientras la erección no se calmaba. De inmediato me abrí paso entre sus profundidades. Cuando estuvo profundamente penetrada, me quedé allí, relajado, para que su vagina apretara mi pene y rogara por más.

Como su vagina ya estaba empapada, pero no lo suficiente, tuve que meterme y salir dos veces de su cuerpo para que pudiera terminar de humedecerse para mí.

Gimió de nuevo y dejé mis dedos en uno de sus senos. Cuando noté que ya estaba tan excitada como yo, me moví con una intensidad mayor dentro de ella. Con mi pene sentía cada palmo de sus labios vaginales. Con mi otra mano toqué su clítoris. Ella gritó con locura y su piel erizada.

"¡Qué rico cuando te mojas así para mí!", le dije. Hablaba en serio. Su vagina estaba llenando todo el tronco de mi pene y alcanzaba mis bolas tensas. Ya comprimía mi erección y cuando intentaba salir, luchaba por mantenerlo dentro de ella, con lo que cada empujón que le daba era más fuerte que el anterior. Y más placentero.

Estaba dispuesta a hacer lo que yo quisiera hacerle. Dejó que su cabeza girara y cayera hacia ambos lados. Supe entonces que sus labios estaban muy

separados.

"Quiero que grites que te gusta cuando te penetro", le pedí al oído. Luego mordí su lóbulo. Sé que adora que le haga esas cosas.

Su mano llegó a mi cuello y su espalda quedó arqueada para recibir mi erección con más placer. Llegué aún más profundo en su vagina. "Me encanta que me penetres", dijo.

Entonces moví mi mano para alzar su pierna. La puse sobre la mesa y su vagina quedó más abierta para mí, como si me diera una nueva bienvenida. Bombeé varias veces. Flexioné mis rodillas, acerqué más mi cuerpo al suyo y profundicé más y más. Llegué a su punto G. Sabía que ella quería recibirme justo ahí, en el punto máximo de su excitación.

Capítulo 4: Augusto

"¿Me dejarás penetrarte por detrás?"

Asintió con su linda cabeza. "Esta vez... sí". Llevó su vagina hacia la base de mi pene. Me excité más de lo que ya estaba. Siempre se lo había pedido, pero ella siempre se había negado. Hasta hoy. Desde que la conocí, quise penetrarla por su trasero. Ahora me complace.

"¿De verdad me dejarás hacerlo? ¿Quieres que te lo haga en este momento?", le dije mientras tocaba sus senos con una mano y su clítoris con la otra. Ciertamente, me moría de ganas de darle con todo por el culo, pero tenía que pasar por los preliminares. No quería que perdiera su excitación.

"Sí, carajo. Hazlo y deja de hablar ahora". Sí, sus deseos eran órdenes. Además, siempre me decía lo que quería, a diferencia de mi exesposa.

La tomé con fuerza por su cabello. La incliné hacia atrás y me quedé observando mi pene en el interior de su vagina. Contemplé el resto de su trasero. Parecía que su culo me esperaba con ansias.

No dejaba de impresionarme la flexibilidad de su cuerpo. Su vagina era pequeña, pero podía abrirse para recibir cada palmo de mi pene, claramente más largo que su cavidad.

Mónica tenía sus pies ligeramente levantados, moviéndose con rapidez en mi pene y buscando saciar su apetito con mis líquidos. Sabía que a ella le encantaba llenarse de mí. A mí me encantaba llenarla de mi ser. "¿Cómo es que tu pequeña vagina es capaz de tragarse todo mi pene y todo el semen que descargo dentro de ella?"

"¿Puedes sentir mi cuerpo, cariño?". Ella tocó su vientre.

"Sí, te siento completamente justo. Penétrame duro, Augusto. Hazme tuya". Sus frases me llenaban de magia.

Empujé su cuerpo sobre mi pene y la penetré sin clemencia. Dejé una mano en su cabello, halándolo con fuerza, y puse la otra en su vientre. Vació todos sus líquidos sobre mí. Parecía una avalancha de humedad cayendo sobre mi tronco. Jamás había recibido tantos líquidos.

"Podré penetrarte por tu rico culo después, cuando te prepare y sienta que

estás lista para mí. Así mi pene podrá entrar dentro de ti con tranquilidad. ¿Qué te parece?".

"Me parece bien, pero concéntrate. Quiero que pellizques mis pezones".

Obedecí su orden y rotó su cabeza para que la besara. La besé con tanta furia que retiró su boca unos segundos después para poder tomar aliento. Después volvió con hambre sobre mis labios, reclamando lo que era suyo. Entonces dejé que tomara mi lengua mientras yo seguía penetrándola con fuerza.

Se alejó un poco y levanté su cuerpo. "Necesito chupar esa vagina". Respondió con un murmullo de desaprobación, pero le di dos nalgadas y obedeció presurosamente. La puse sobre la mesa.

Separé un poco sus piernas. De inmediato me zambullí en la entrada de su vagina. Chupé todos los jugos salientes de su interior y besé su clítoris. Empezó a jadear y a tomar mi cabello con fuerza. Luego balanceó sus caderas para mí.

Pasé por todo su clítoris con mis labios y luego paseé por la entrada de su culo apretado. Ella gimió varias veces con mis movimientos y yo volví a su vagina. Estaba tan empapada que no podía tomar todos sus líquidos con mi boca. Ya estaba tan lleno que no podía tomar más. Aunque tomara todo lo que salía de ella y me quedara ahí unas horas más, mi pene tenía que entrar en acción.

Ella me anhelaba. Quise mantenerla en ese estado, por lo que rocé sus labios vaginales con mis dedos, pero sabía que eso no sería suficiente. Entonces cerré mis labios y me acerqué a su clítoris, dejando que mi pene estuviera justo sobre su entrada.

Mi pene entró dentro de ella y Mónica parecía abrirse como una flor, con sus pétalos recibiendo al atardecer. Gimió y yo la llevé a la orilla de la mesa para deslizarme con más comodidad. Entonces me empujé con fuerza. Los gritos de placer que salían de la boca de Mónica no se hicieron esperar, y me excitó oírlos.

Mi cuerpo se mantuvo calmado. Su vagina, en tanto, se movió para tensar mi erección y recibir todo el placer que yo le proporcionaba. Cuando reaccioné y vi que mi pene se abría paso bajo su vientre, entendí que Mónica debía estar sintiendo un abrumador dolor.

Pero estaba tan excitada que no querría parar. Lo supe por la infinidad de jugos que emanaban de su vagina. Era un dolor intenso, pero soportable para ella. De todas formas, podría comprar algún analgésico para ella cuando termináramos de hacer el amor. Ya nos había pasado.

Bajé uno de mis dedos y lo dejé jugar con su culo apretado. Cuando sintió mi movimiento, gimió nuevamente y meneó sus caderas poderosamente, dejando que su cabeza cayera sobre su espalda y dejando que yo le hiciera lo que me provocara. "Ya me imagino cómo será cogerte por el culo".

Sé que todos los hombres nos sentiríamos felices de tener a una chica que nos dejara hacer lo que quisiéramos. En mi caso, me excitaba escucharla hablarme así o dejarme actuar como me placiera. Además, a Mónica también le encantaba dejarse llevar.

"Hazlo, cariño. Vente sobre mí". Ella se movió con intensidad cuando me oyó y llevó su trasero hacia mí. Cuando se vino una vez más, pude entrar con mayor facilidad dentro de ella. Ella estaba apretándose, sí, pero yo no paraba de moverme para darle más satisfacción. Su vagina húmeda y llena de jugos subía y bajaba por mi pene, dándome una extraordinaria sensación de placer.

"Cariño, acércate. Muero por lamerte esos pezones". Me escuchó y se movió de inmediato. Llevó el peso de su cuerpo sobre los codos, con lo que tuve otra oportunidad de penetrarla en otra posición. Dejé que sus rodillas quedaran sobre mis brazos. Los doblé y empecé a chupar sus senos como si fuesen un manjar.

Pero no me conformé. Empecé a penetrarla de nuevo, con lentitud y profundidad, mientras besaba sus senos sin parar un solo segundo. Sabía que besar esas tetas la excitaba supremamente. Si me mantenía besándolas, podría lograr que acabara una vez más. Solo tendría que chuparla y lamerlas con tranquilidad.

Entonces chupé su seno izquierdo y cuando lo noté bastante erecto pasé al segundo. "Cariño, toca tu clítoris mientras te beso". Bajó su mano en medio de nuestros cuerpos y acarició su clítoris. Yo continué con mi pene dentro de ella y mis labios saboreando sus senos.

Su orgasmo se acercaba. Noté que sus gemidos eran más frenéticos. Inicialmente sería solo un orgasmo matutino en mi casa, pero se había

convertido en una intensa sesión de placer en la que habíamos olvidado la noción del tiempo.

Ya Mónica seguramente no pensaba en la comida o en la posibilidad de que se quemara. Quizás eso había quedado en un rincón apartado de su cerebro. No me gustaría oírla, una vez más, decir groserías en italiano porque la comida se pasó de cocción o se quemó hasta el punto de no poder comerla. Nos había pasado... en unas cuantas ocasiones.

"Augusto, déjame hacerte sexo oral".

"No es una buena idea. No ahora. No quiero dejar de sentir tu vagina sobre mi pene". Respiró profundamente, pero yo seguí penetrándola.

Decidí introducir mi dedo en su culo para que olvidara esa propuesta. "Meteré dos dedos en tu culo. Cuando los tenga dentro de ti, dime si sientes dolor". Vi cómo sus músculos se ponían muy rígidos, pero para calmarla primero introduje uno con mucha calma y unos segundos después deslicé otro, con igual lentitud.

Sentí que su culo ya estaba lleno de jugos vaginales. Eso me facilitó el camino. Retocé con ellos dentro de ella y mis labios continuaron chupando sus senos. Igualmente, mi pene no dejaba de penetrarla.

Retrocedí un poco y vi su cara. "Carajo, voy a acabar de nuevo. Por Dios, qué rico se siente". Su vagina atrapaba mi pene como si no quisiera separarse nunca de él.

Los latidos de su corazón eran cada vez más fuertes. Mónica estaba a punto de alcanzar otro orgasmo. Lo supe por sus ojos entrecerrados, su boca a medio abrir y la tensión en todos sus músculos. Estaba tan tensa que me preocupé cuando dejó de moverse. Sin embargo, unos segundos después, dejó que su boca se abriera de par en par y un gemido salvaje hizo que mis oídos casi colapsaran.

"Carajo, qué buena sensación". Supuse que lo decía por los dedos que le había metido en el trasero. Sabía que con esos movimientos más adelante sería más fácil penetrarla por esa vía.

Dejé que se calmara y recuperara los latidos normales de su corazón. Pero volví a introducir mis dedos en su pequeño culo y a chupar sus tetas con fuerza. Quería volver a excitarla.

Tomé su cabello y lo halé hacia mí. Su vagina empezó a humedecerse nuevo. "¡Mierda, Augusto!, ¡quiero que lo hagas de nuevo!", me dijo. Mordí su cuello, dejando la señal de mi deseo, y navegué de nuevo por un mar de placer. Movié tanto su vagina que pensé que lo partiría en varios pedazos.

Con sus frenéticos movimientos no tuve necesidad de girar ni moverme mucho. Me detuve mientras ella bajaba y subía por mi pene, al tiempo que mis dedos empujaban en su trasero. Mis bolas estaban llenas para ella. Se preparaban para que yo la penetrara.

Mónica volvía a venirse. Era su tercera vez. Entonces tomé mi pene y lo empujé sobre su vientre. Todo mi semen cayó encima de su moreno abdomen. Empezó a gritar. "Carajo, Augusto, me encanta cuando acabas justo ahí. Ya quiero que te corras de nuevo sobre mí". Mis ganas de estar con ella solo crecían y crecían al escucharla.

Capítulo 5: Mónica

“No es necesario que hagas algo. Simplemente olvídale”, dije, haciendo un esfuerzo por hablar. Mi celular estaba entre mi oído y mi hombro, y mi pintura de uñas estaba entre los dedos de mi pie izquierdo. Empecé a pensar que debía ir a una peluquería para no pasar por estas cosas.

"No voy a hacer nada".

"Lo dices, pero sé que quieres intervenir. Pero no es necesario. Puedo encargarme".

"En caso de que no puedas hacerlo, solo llámame, ¿de acuerdo?".

Aunque mi madre siempre me asegura que guardará todos mis secretos, cada vez que la llamo sé que no pasarán cinco minutos antes de que mi padre y el resto de mi familia sepan lo que me sucede. No sé por qué sigo contándole cosas.

Pero si hay algo que no me hace falta en este momento es que toda mi familia intervenga y se comuniquen con Augusto. Y entiendo que apenas está terminando los trámites del divorcio y no quiere ningún tipo de compromisos, pero no he dejado de moverme para que se case conmigo. Aunque él todavía no está al tanto, pronto se convertirá en mi esposo. Es mi intención.

Solo hemos estado juntos unas semanas, o, mejor dicho, meses, pero ya no puedo vivir sin él a mi lado. Él y yo nos sentimos muy bien. Y no solo en uno de los aspectos que hacen feliz a una pareja, sino en varios. Me incomoda pensar que algo pueda separarnos. Como la arpía de su exesposa.

Pensar en Vanessa hace que me duela el trasero. Eso me recuerda... tuve que tomar algunos analgésicos para superar el dolor que sentí en el culo durante varios días debido a las penetraciones que Augusto Medina me hizo con sus dedos.

Oí que mi padre estaba hablando al fondo cuando estaba hablando telefónicamente con mi madre. Se preguntaba si me hacía falta algo de dinero, si comía las porciones adecuadas, si los niños se sentían bien conmigo. Y, por último, pero no menos sorprendente, si todo estaba bien con Augusto.

Si algo me había asombrado era que se tomara con tanta tranquilidad mi

relación con un hombre mayor, que además tenía dos hijos y estaba divorciándose. Quizás me ayudaba el hecho de ser su hija consentida o que mi madre me había dado una mano de ayuda para que él no se aterrara al enterarse.

Otro factor que pudo haber incidido era el hecho de que nunca me interesaron los chicos de mi edad cuando era más pequeña. Mis primos y vecinos solían tener citas y novias fugaces, pero yo nunca me motivé a hacer algo así. No quería que mis familiares en Italia, ni tampoco los de acá, se preocuparan tanto por mí, como sucedía con el resto de mis primos. Y aunque en ese momento no lo entendí, al crecer comprendí que estaba desmotivada porque los chicos no llenaban mis expectativas.

Para ese entonces aún no entendía que me sentía atraída por hombres más adultos, aunque nunca imaginé que me hechizaría un hombre con dos hijos y una exesposa que no quería soltarlo definitivamente.

Ansiaba terminar mis estudios, comenzar mis pasantías cuanto antes y graduarme de enfermera para empezar a trabajar, así que ninguno de esos escenarios formaba parte de mis planes cuando decidí empezar a trabajar y llenar algunas solicitudes.

Estudiar seguía en mis planes, pero mi vida había dado un vuelco extraordinario. Por amor. Y por la imposibilidad de escoger con tu raciocinio lo que decide tu corazón. Por ello, había caído hechizada bajo los ojos del dueño del concesionario. El hombre mayor que me brindaba seguridad solo con abrazarme.

Honestamente, siempre fui incrédula con los cuentos de hadas que contaban mis amigas sobre sus relaciones o la posibilidad de enamorarme a primera vista. Me parecía imposible que eso me ocurriera a mí. Yo no sabía nada sobre el amor o mis necesidades hasta que conocí a Augusto.

Apenas lo conocí, me hechizó con sus encantos. Me maravilló su cara seria, sus ojos azules tan profundos como el océano y su cabello perfectamente recortado, igual que su barba. Y cuando lo vi con sus hijos, terminó de enamorarme. Ahora sé que una cosa es creerlo y otra cosa muy distinta es que

te suceda.

Augusto es un hombre maravilloso. Tiene ganas de estar conmigo y demostrarme que me ama. No solo a mí, sino también a sus hijos. Los adora. Son la luz de su alma. Me ha encantado esa forma de mostrarme sus sentimientos. Todo lo que hace no se corresponde con la imagen que me hice en los primeros días de él: el hombre tatuado y lleno de grasa que vende y arregla autos. Al que no le importa mancharse.

Soy de Italia. Todos mis familiares nacieron allí, y son muy ruidosos y gestuales. Además, valoran mucha a la familia, así que sé cuándo un padre es realmente cariñoso con sus hijos. Supe desde que lo vi compartiendo con ellos desde que estuvimos juntos todos por primera vez que amaba a sus hijos.

Y así como ama a sus hijos, procura demostrar amor en todas sus actividades. Es un amor que se siente como una ardiente pasión en su mirada. Es un fuego innegable que transmite cada vez que ojea mi cuerpo o mis ojos. Lo muestra cada vez que me ve.

Su pasión inundó mis sentimientos. Sabía que eso pasaría. Intuí que él también lo creía. Lo supimos incluso cuando hablamos por primera vez. No tuvimos que tocarnos ni rozarnos. La tensión sexual hacía que el ambiente se cargara bastante cuando estábamos cerca. Y mi vagina también sentía ese placer. Unos días después de conocerlo, solo unas semanas después si mi memoria no me falla, decidí acostarme con él.

Él no podía articular varias frases. Yo tampoco. Solo titubeábamos. Él había contratado mis servicios justo cuando terminó mi entrevista. Yo esperaba que lo hiciera, si bien nuestra charla apenas pudo avanzar. Me gustó el hecho de que no solo quería acostarse conmigo, sino que lo ayudara con los niños.

Los primeros días de trabajo fueron un tanto tensos. Apenas cruzábamos palabras, pero eran suficientes para saber que nos deseábamos. El fuego se intensificaba con nuestras miradas. Unos días después nos acostamos. Todavía me excito al recordar ese mágico momento.

Sus hijos se habían a visitar a sus abuelos con su madre solo unos minutos antes. Augusto volvió cabizbajo. Curiosa como soy, le pregunté si le había sucedido algo a los niños. O a él.

Él hablo sin pausa ni timidez. Augusto siempre era sincero y me mostraba lo

que quería o sentía sin ningún problema. Sabía que me daría toda su confianza desde que me había entrevistado.

Unos días después me había contado que no era tan abierto con el resto de la gente como sí lo era conmigo. Me sentí halagada y agradecida de que no tuviera resquemores para contarme sus cosas y confiara en mí. Eso me hizo compenetrarme aún más con él.

Él confesó lo que le pasaba. Le hacían falta sus pequeños. Nunca se había separado así de ninguno de los dos. Sentí una inmediata necesidad de hablar con él, abrazarlo y decirle que todo estaría bien. Sentí que mi amor crecía más con esos sentimientos tan puros. Al abrirse de esa manera, me demostraba una vez más que los amaba inmensamente.

Lo abracé por tantos minutos que olvidé que estaba entre mis brazos. Pero él igualmente no me soltaba. Su pene tampoco quería alejarse de mí. Me alejé para ver su expresión, pero él simplemente besó mis labios apasionadamente.

La chispa se encendió de esa forma repentina. Y fue fenomenal. Después de ese beso, me tomó por las caderas, me levantó y me llevó como si fuese su princesa a su dormitorio. Tenía tantas ganas que no me detuve a pensar en negarme. Quería hacerlo. Eso fue todo

Simular que no quería estar con él sería inútil. Además, sus caricias habían terminado de convencerme. Él también era consciente de mis ganas. Las había notado desde el momento en que lo había conocido y cada vez que pasaba por mi lado en su casa. Era un deseo que subía con cada gesto, con cada sonrisa.

Hacía muchos años que había hecho el amor. Había sido un desastre. No había querido saber nada de hombres y el sexo hasta que conocí a Augusto. Era el hombre con el que quería acostarme. El único. Y el definitivo.

. Él se había esmerado en demostrarme su pasión, tocando cada línea de mi piel, como si esperara con mucha impaciencia por verme así, completamente desnuda. Y no conforme con esos movimientos de sus dedos, recorrió mi piel con sus labios. Me excitó como nunca. Estar con él me había devuelto el deseo de tener relaciones. Un deseo enorme

Un huracán de fogosos besos abrazó mi cuerpo. Pero se tomó unos segundos para preguntarme si no tenía alguna enfermedad y mostrarme sus exámenes médicos. Unos segundos después volvió a la acción para chupar mi cuello.

Yo estaba sana, igual que él, pero él optó por protegerse con un preservativo. Confesó que no le gustaba usar esos artículos, pero me dijo que lo haría mientras llegaban los resultados de nuestros chequeos generales más recientes. Entonces me penetró. Me llené de placer. Y también de sentimientos. Sobre todo, de amor. Un amor que ha crecido cada vez que lo veo o me coge. Es imposible no enamorarme un poco más con cada encuentro sexual.

Quiero seguir a su lado. Ser su chica por el resto de su vida. Supe que era lo que más ansiaba cuando noté que mi felicidad ya no era tan importante para mí como lo era la suya. Nunca le he comentado que lo amo. Tampoco que espero que sienta lo mismo por mí. Lo sabrá eventualmente, pero será muy tarde para que me rechace o se niegue a aceptarme de ese modo.

Mi ilusión es que siempre esté alegre, regocijado con mi presencia, sonriente. Hacer muy feliz a mi Augusto. Que esa sonrisa no deje de iluminar mi vida. Y provocarme un intenso calor en todo mi cuerpo, especialmente entre mis piernas.

No quiero que mi felicidad o la de él se quede ahí. Que mi vida vaya de la mano de la suya. Espero que tengamos un hijo, dos, tres. O más. Y para ello, sé que el momento oportuno llegará. Por ahora no puedo adelantarle nada, pues apenas está concluyendo los trámites de su divorcio y ha pasado varios malos ratos.

Y su exesposa no deja de ser un dolor de muelas. Pero he mantenido la calma y no la he maltratado solo por los niños. No quiero darles un mal ejemplo. Sé que no debo caer en su juego maligno.

Ella solo quiere esgrimir cualquier argumento para sacarme del camino. Además, si hago algo de lo cual pueda arrepentirme, sé que Augusto también se enfadará. Ella me odia, igual que su padre. Me miran como si quisieran matarme. Pero no me importa. Solo quiero que los niños se sientan bien conmigo. Sus comentarios o gestos de desprecio me tienen sin cuidado.

¿Pero cómo es que sabe tanto sobre mí? O, mejor dicho, ¿cómo es capaz de inventar tantas historias absurdas sobre mí? Puede que lo haga porque siente celos. Quizás porque quiere volver con Augusto. O tal vez porque me ve como una verdadera amenaza.

Honestamente, yo también siento algo de celos cuando los veo juntos, aunque

solo conversen sobre los niños. Me molesta su presencia, pero me comporto y no le demuestro mi odio, aunque por dentro sienta ganas de darle varios puñetazos.

Envidio a Augusto, pues él no cae en provocaciones. No la insulta ni dice groserías delante de los niños, si bien ella hace todo lo contrario. No escatima esfuerzos para hacer comentarios sarcásticos o decir frases subidas de tono. Tampoco se expresa de forma despectiva sobre ella ante ellos.

No obstante, cuando los chicos vuelven a casa de Augusto siempre traen una nueva historia, más filosa que la anterior. Rosalía es menor que su hermano, aunque solo por un año, pero sabe muy bien cómo expresarse y actuar delante de los adultos.

Ella es muy pequeña. No tiene un juicio formado sobre todas las cosas que le pasan. Pero sí repite lo que su madre dice en su casa. También hace muchas preguntas. Ella me ha contado todas las opiniones que tienen sus abuelos maternos y su madre sobre mi presencia en casa de Augusto.

Evito que Rosalía sepa que no me gusta escuchar esos cuentos o diga algo delante de su madre escuchando con atención las historias que cuenta y haciendo un esfuerzo por tomar aire. Así, Preferiría ir yo y escupirles lo que pienso de ellos.

Es una serpiente. Y en realidad, lo que Vanessa crea o no sobre mí me sabe a mierda. Ella quiso aprovecharse de Augusto, aparentar ser alguien que no era y disfrutar de lujos en lugar de actuar con humildad. Ahora sangra por la herida. Desperdió una hermosa oportunidad que le dio la vida para ser feliz. Más feliz que nadie. Decidí pedirle a mi padre que estuviera pendiente de ella. Sé que su familia tiene miles de conexiones y mucha influencia en la ciudad. Conozco todos sus trucos y mañas.

Él no dejará que nadie me ponga un dedo encima. Pero no le solicité que interviniera. Él sabe que debe permanecer ahí, como un lobo cerca de su presa, y actuar en caso de que la loca se desenfrene.

Mi amado Augusto no sabe que mi familia está al tanto de lo que sucede. De todo. Solo le dije que todos conocen mi relación con él. Y aunque le he pedido en varias oportunidades que me acompañe para presentárselos, no lo he logrado. Además, suelen opinar en demasía sobre las parejas. Incluso han

acabado con algunos compromisos.

Sin querer caer en los clichés, debo decir que algunos de mis familiares actúan como perfectos italianos. Lo hacemos porque consideramos que la familia es uno de los valores más importantes de nuestra vida.

Entonces Augusto no sabe que ya sé lo que quiero hacer con nuestra relación. Solo conoce una parte de la historia. Estoy tratando de planear todo para que no cometer ningún error. Mi idea es abandonar las pastillas anticonceptivas sin decírselo. No me gusta ver cómo la tristeza inunda su cara cuando sus niños salen de su casa rumbo a la casa de sus abuelos.

Detesto que un ser humano tan hermoso como él tenga que vivir ese deprimente panorama, aunque no quiero que tengamos un bebé para que reemplace a sus propios niños.

Capítulo 6: Mónica

Cuando terminé de hablar con mi padre, Augusto salió a buscar lo que le pedí. Adora cuando preparo sus platos preferidos. Caminó velozmente hacia la tienda de comestible a comprar lo necesario para que le preparara su filete tal como le gusta.

Se comporta como un niño recibiendo juguetes navideños siempre que preparo algún plato para él. Y luego no se censura a la hora de saborear mi cuerpo como si fuese el postre. Sé que a Vanessa le hace falta una oleada de orgasmos como los que solo Augusto sabe provocar.

Imagino que Vanessa disfrutaba estar con Augusto tanto como yo. Entiendo que ella pueda sentir esa necesidad. Además, si le hacía el amor de la misma manera como me lo hace a mí, debo tener cuidado. No tendrá remordimientos para meterme un balazo y hacer todo lo posible por acostarse de nuevo en su cama.

Ya ella no es la dueña de sus erecciones. Soy yo. Así que no dejaré que eso pase. Entonces Augusto llegó a la casa. Su mirada la delataba. Quería decir algo. Y sabía que eso tenía que ver con ella.

Su cabeza quedó hacia abajo y sus manos se posaron en el mostrador. Traía una bolsa. La dejó en el mostrador. Era una bolsa de alguna tienda de ropa o algo así. Estaba actuando de una forma diferente. Dejé que empezara a hablar. Sabía que unos minutos después contaría todo sin que yo se lo pidiera.

Puse mi mano sobre su espalda y dejé que mi mentón reposara en su hombro derecho. Me acerqué a su abdomen, haciéndome saber que lo que le había sucedido no era algo tan grave como para que me imaginara lo peor.

Lo abracé y dejé que la historia fluyera con calma, como solía ocurrir cada vez que me narraba algo. "Vanessa estaba en la tienda. La vi mientras compraba. Pensaría que está acosándome, pero no quiero parecer paranoico. ¿Será que instaló algún rastreador en mi auto o mi ropa?", preguntó, pero me negué a contestar.

"Me dijo una estupidez sobre quedarse con los niños más tiempo. De inmediato llamé a mi abogado para que actúe sin pensarlo dos veces si ella no

acata el veredicto del juez".

No pierde tiempo para actuar. "¿Qué te respondió?", le pregunté. Habló de esa manera tan calmada y recordé que era una de las cosas que más amaba de él. Besó mi frente y apretó mi cintura con fuerza. Me sentí segura.

Dejé que Augusto contara el resto de la historia mientras mis manos acariciaban su espalda. "Retrocedió, pero empezó a lanzar una avalancha de groserías". Era su hábito. Quería que el mundo girara alrededor de ella.

Chupé su oreja y mis dedos llegaron hasta su pene. Ya latía con fuerza en sus pantalones negros. "Lamento que tengas que vivir estas cosas, Augusto".

Me besó suavemente. No perdió tiempo. Yo le correspondí tocando su abdomen con el mío y paseando mi lengua por su boca.

Me tocó los senos. Entendí que estaba listo para mí. Pensaba en mí. Ya había olvidado el episodio con Vanessa. Tengo talento para que mi hombre se enfoque en pasar un buen rato. Un mágico momento que solo yo puedo darle.

Me incliné y sacudí sus pantalones. Dejé que su pene saliera y se mostrara libre ante mi boca. La puse en mi lengua de inmediato. Chupé su glande y luego lo solté rápidamente. "Qué rico pene. Y es todo mío", le dije mientras veía sus ojos sin querer.

Llevé toda su erección al interior de mi boca y logré que su glande tocara mis amígdalas. Le encantó. Se excitó velozmente. Tanto, que sus ojos quedaron entrecerrados y sus hombros se tensaron.

La dejé ahí y la apreté con mis labios. Ese movimiento también le encantaba. Me lo demostró una vez más, halando mis cabellos violentamente. "No te contengas. Tómallo todo". De acuerdo, pensé. No me contuve, como me pidió, y succioné todo lo que pude. Metí todo su tronco en mi boca y sus bolas se aferraron a mis labios.

Me faltaba aire. Empujó sus caderas para penetrar mi boca con fuerza y eso me impulsó a seguir. Estaba quedándome sin aliento en mi garganta, sentía que mis pulmones se tensaban, pero no me detuve.

Quería olvidar sus malos ratos. Sus malos momentos con Vanessa. Y yo quería que los olvidara. Tomó mi cabello, ahora con ambas manos y más fuerza, y

luego apretó mi cuello sin clemencia.

Con cada escena que armaba ella lo único que hacía era que me esmerara más en mamar su pene. Ella no se lo imaginaba, pero con cada cosa que hacía solo lograba que se alejara más de ella y se acercara más a mí.

Dejaba que ese rico pene saliera de mi boca solo para tomar su glande y recorrer todo el erecto tronco. Me gustaba el juego, pero lo interrumpía cuando escuchaba el gemido de Augusto o su espalda se arqueaba demasiado. Sabía que él quería que yo dejara de hacerlo.

Mi aliento estaba entrecortado por el infinito placer, igual que su respiración jadeante. Tomé toda su erección con mis labios para que estuviera completamente lista para mí. Cuando vi que estaba totalmente erecto su pene, me levanté. Dejó que yo hiciera lo que me provocara. Él estaba expectante, sin hacer nada. Me encantó que me dejara moverme a mi gusto.

Puse su boca en mis senos. Las ordeñó y bajé su ropa interior. Me puse en el piso de la cocina, y lo halé para que pusiera su cuerpo encima de mí. Le permití besarme sin parar.

Estar acostada encima de una cerámica, sin ningún tipo de colchón o soporte, no me preocupaba en absoluto. Solo me preocupaba satisfacer las necesidades de mi amado Augusto. Era mi hombre y tenía que complacerlo. Separé mis muslos y de una vez tomé su erección para dirigirlo a mi interior. No hizo falta nada más, pues él me penetró si decir nada. Me penetró con tanta fuerza que mi cuerpo sintió dolor en todas partes, pero evité quejarme. Tampoco dije nada cuando me mordió el cuello tan fuerte que por poco sangro.

Empujó con fuerza en las profundidades de mi ser. El dolor era tan poderoso que sentí que incluso mi alma gritaría. Pero cuando me metió un tapón en mi trasero sin lubricante, allí sí no pude evitar los gritos. El dolor era impresionante.

Si Vanessa hubiera entrado en ese momento, no me hubiera importado matarla. Sé que ella haría lo que fuese por acostarse de nuevo con Augusto. Sabía muy bien cómo tirarse a una mujer. Mi cuerpo se desorientaba con tantos espasmos de dolor, Y mi vientre se dispersaba con los incesantes vaivenes de placer. Puso mis piernas sobre sus hombros y me cogió con su enorme pene.

Cada beso era seguido de un gemido o un grito de excitación. No me

importaba el ardor o el dolor en mi trasero. Todo era perfecto, incluso esa molestia. Nuestros labios se encontraron con fuego y amor.

Después mi aliento cálido cayó en su oído. Le dije con voz baja que estaba feliz de tenerlo dentro de mí, y que esperaba que acabara en mi culo. Recibió mis palabras con locura, y sacó el tapón de mi trasero.

Estaba acabando tan rápido y fuerte que mi mundo parecía venirse abajo. Todos los dedos de su mano tomaron mi cuello con fuerza. No me importó quedarme sin aire, pues el orgasmo que sentía eclipsaba todo lo demás.

Imaginé que ya Vanessa no formaba parte de sus recuerdos. Augusto se vino casi al mismo tiempo, y sentí cada gota de su semen caer en mi interior. Con mi mano retiré su erección y chupé lo que quedaba de sus líquidos. No me inhibí. Pasé por sus pelotas y lamí su semen, que se unía a mis propios jugos.

Me incorporé y me dispuse a preparar sus filetes, tal como los cocinaba mi abuela en nuestras cenas familiares. Augusto luchaba por recuperar su respiración y relajar su cuerpo. Aunque no lo vi, sabía que su rostro mostraba una expresión de incredulidad. Estaba asombrado de descubrir todo lo que podía hacer por él para darle placer en cada uno de nuestros encuentros sexuales o de volver a verme desnuda mientras le preparaba uno de sus platos favoritos.

Apenas un rato después se recuperó y me tomó por la cintura. Estaba detrás de mí.

"¿Entonces de ahora en adelante cada vez que hagamos el amor me poseerás por detrás?". Le hacía esa pregunta con la única intención de que supiera que me habían encantado que me hiciera suya de esa manera.

Y que luego nos tocáramos y él se deslizara dentro mí mientras lamía mis oídos. "Lo haré cada vez que quieras. ¿Sientes dolor? Dímelo antes de que entre al baño".

Giré y le di un cálido beso. "Para nada. Puedes ir a tomar tu ducha". Le hice un gesto de despedida. Había hecho mi trabajo. Pensé que dejarlo tomarme por detrás sería una buena idea para que olvidara por completo a su exesposa. Podríamos hacerlo luego.

Augusto y yo estábamos solos en casa. Lo entretuve en todo momento. Los niños siguieron en casa de sus abuelos diez días más. Cada vez que él llegaba

del trabajo, hacía todo para que me llevara a la cama rápidamente.

Antes de ello me ocupaba de que la casa estuviera impecable y no hubiera ningún asunto pendiente. Cuando llegaba a casa en su auto, estaba todo listo. Para que la pasáramos bien.

No había tiempo para aburrirse ni bostezar. Me ayudó a preparar la cena, que quedó exquisita, como siempre, comentamos sobre las actividades que haríamos cuando volvieran los pequeños, nos divertimos con varios juegos de mesa y finalmente dimos algunas vueltas por la ciudad en su auto.

Quería compartir con él y con los niños, pero esperaba que Augusto pudiera sentir que yo era imprescindible en su vida. Eran momentos que yo disfrutaba intensamente, pues era consciente de que no pasaríamos todo el tiempo de ese modo.

Vi su cara el día previo a la llegada de su exesposa. Entendí que estaba buscando paz en su interior para cuando la viera. Y estaba esforzándose más que antes para no perder los estribos. Notaba cada cambio en su temperamento.

Pasó por la cocina, me dio un beso y se metió en el baño. Yo cocinaba macarrones horneados. Dejé que se desnudara y corrí para acompañarlo.

Abrí la puerta de la ducha. Tenía los ojos cerrados pues estaba masajeando su cabello con sus manos llenas de champú. "¡Sorpresa, cariño!", le dije. Me puse de rodillas. Tomé su pene y lo introduje en mi garganta, como si su erección fuese un ancla que se clavara en el mar de mi lengua.

No podía mover sus manos, por lo que mecí mi boca como quise. Dejé que mi garganta se entusiasmara con mi invitado. "¡Vanessa puede irse a la mierda!", dije con ironía antes de succionar su pene.

Quería que me penetrara, pero lo que más quería era saciarme con su erección y el sabor de su glande entre mis dientes. Chupé sus bolas, dije varias frases excitantes y su tronco creció entre mi saliva.

"Augusto, necesito que me penetres por el trasero. Hazlo hasta que mi cuerpo no pueda más". Vi que ya Augusto no tenía champú en su cabello y retiré su pene de mi garganta. Lo dejé fuera de mí.

Me moví tan rápido para cerrar el grifo que por poco me caigo. Me cargó para

llevarme a su cama y comencé a reír a carcajadas.

Pero cuando me penetró con fuerza por mi culo, mi risa se congeló. Era un enorme pene que devoraba con ansiedad mi trasero.

Me cogió por el trasero y logró que acabara no una, ni dos, ni tres sino cuatro veces con sus movimientos frenéticos. A partir de ese momento, decidí que no quería que él me cogiera de otra forma.

Capítulo 7: Augusto

Desde hace algunos días, tengo una sensación que no sale de mí en ningún momento y cada vez es más fuerte. Siento más presión que antes.

Mónica y yo habíamos sido sinceros desde el principio sobre nuestra relación. Habíamos dicho que nada de compromisos. Estaba claro, o así lo creí, que no buscábamos a una pareja para comprometernos ni quedarnos juntos por mucho tiempo.

Al parecer, eso ha cambiado. Incluso los domingos, cuando el concesionario está cerrado, paso todo el día con Mónica. Y siempre hacemos todo juntos.

Antes eso no pasaba. Solía dejar el domingo para descansar, hacer algunas reformas en casa o ver la televisión mientras preparaba alguna parrillada.

Salimos a hacer las compras en los lugares que a ella le gustan, vamos al cine a ver las películas que ella elige o me convence de hacer el amor incluso cuando pienso que no tengo ánimo. Mi vida es muy diferente. Hay muchos detalles de ella que me producen mucho placer.

Espero que ella finalice sus labores o sus clases para que podamos hacer juntos alguna actividad que antes yo solía hacer solo. La cuestión es que todo esto que vivo con ella me gusta. De hecho, me encanta estar con ella.

Ya no se trata de amistad o deseo sexual. Eso no sería un tema para mí si solo nos acostáramos, pero noto que cada vez mis ganas de estar con ella para hacer todo son más fuertes.

Cuando regresé del concesionario esa noche, Mónica no estaba. En lugar de preguntarme dónde podría estar, como seguramente pasaría con cualquier persona, me asusté como si hubiera pasado algo terrible o mi vida hubiera perdido sentido.

Temblé tanto que pensé que había un terremoto en mi ciudad. Cuando me calmé, la llamé, pero no respondió mis numerosas llamadas.

Decidí tomar una cerveza y olvidar lo que pasaba. La razón de mi visita a la cocina había quedado relegada a un resquicio apartado de mi memoria. Y la cerveza ya no tenía sabor para mí.

¿Qué carajo me pasaba por la mente? Solo quería tener de vuelta a Mónica.

Incluso me convencí de armar una escena cuando llegara. Ella se lo merecía. Pero luego pensé que eso sería precipitado.

No dejaba de inquietarme el hecho de que yo diera por sentado que ella debía estar en casa cuando yo regresara del concesionario, lo que no había sucedido solo esa noche. Eso no estaría bien en ningún sentido. Y no traería nada bueno para nosotros.

Entonces Mónica llegó. Escuché cómo sacaba la llave de su bolso para abrir la puerta, pero no pudo hacerlo. Abrí la puerta con rudeza. La introduje de bruces en la sala y la puse contra una de las columnas de la casa. "Carajo, Mónica ¿Se puede saber dónde estabas?", le pregunté.

Estaba tan ansioso que había formulado la pregunta, pero no le había dado tiempo de contestarla. Una erección había reemplazado mi nerviosismo. Su respuesta fue un movimiento ágil de manos: bajó la cremallera de su falda y rompió con violencia sus bragas para que su vagina me recibiera.

Azoté sus nalgas inclementemente. Bajé salvajemente mi cremallera y mi pene quedó fuera. La tomé con mi mano y tomé a Mónica por la cintura. No había una mueca de dolor en su cara. Solo sus ojos congelados sobre los míos.

Su cuerpo estaba pegado a la columna. No decía ni una palabra. Tampoco gemía. La hice mía. Le dejé saber cuánta ira tenía con cada empuje de mi pene en sus profundidades. Me veía de una forma que no me gustaba. No mostraba excitación, solo algo de ira. Entonces tensé mi mano y la llevé a su cuello.

Me di cuenta de que su vagina se apretó más. Estaba más rígida, por lo que sospeché que pronto se vendría. Mi pene la golpeó con más fuerza y la noté más tensa. La besé con ímpetu mientras bombeaba incesantemente dentro de su ser.

No me detuve ni para tomar aire. Entonces la penetré más fuerte. Más rápido. Más profundo. La besé de nuevo y pasé mi lengua por sus labios. Una sensación inédita para mí crecía en mi pecho.

Era el deseo de querer tenerla solo para mí. De poseerla. Lo pensé bien, y me pareció una atrocidad vivir esa emoción con alguien con quien apenas había pasado algún tiempo. Jamás había experimentado eso, incluso con mi exesposa.

Esa sensación se mezcló con un profundo temor, una fuerte molestia y luego un inmenso alivio. Después todo ese mar de sensaciones fue sustituido por la alegría. Y la felicidad. La felicidad que me colmaba por poder tenerla en casa de vuelta. Y poder penetrarla.

Apenas era la niñera de mis hijos. Y nada más, Pero entendí que llegar a casa y no verla era como si no fuese mía. Como saber que no era su dueño y era imposible controlar sus horarios.

Mis hombros estaban tensos y mi respiración era frenética. "Creo que no debes regresar aquí si no tienes que cumplir tu horario laboral", le dije en su boca.

Tomó mi mentón y besó tiernamente mi boca. "De acuerdo, Augusto. Será la última vez". Nada de lo que hiciera en ese momento me importaba ni un poco.

No quería hacer nada para perder su vagina ni perderla a ella. Además, era consciente de que Mónica tampoco quería salir de mi vida ni dejar de disfrutar conmigo. Ella parecía hacer las cosas solo para jugar conmigo. Y sinceramente, ese juego me gustaba. Mucho.

Pero yo no olvidaba que solo teníamos unos cuatro meses juntos, aunque luego pensé que ese tema de las fechas no era tan relevante como otros. Todo lo que sucedía entre nosotros iba por buen camino. Los calendarios y las preguntas incómodas no cambiarían esa alegría que sentíamos al estar juntos.

Mi erección había diezmado. Entonces dejé de apretar su cuello y la besé con delicadeza. Ya no le hablaba con brusquedad.

"Debes saber que no te permitiré irte. Jamás". Le había dicho esa frase intentando convencerme de que así ella sabría que la quería a mi lado el resto de mi vida. Y pareció captar el mensaje, pues me abrazó y unas lágrimas indiscretas saltaron de sus ojos.

Después el llanto salió a borbotones. Lo mismo que haría cualquier mujer. Decidí tomarla por la cintura y llevarla a mi cama. Nuestra cama.

"Mi reina, ¿qué te sucede?". Mónica dejó de llorar y me mostró una cálida sonrisa. Dejé que su cuerpo cayera con delicadeza. Mi actitud era muy distinta a la que le había mostrado antes, mientras la cogía.

Me haló por el cuello. Entendí que quería algo de mí. Y lo que quería era

tomar mi boca para que la besara. "No me pasa nada. Solo soy feliz porque tú me haces sentir muy feliz".

Nos besamos, lentamente, con generosidad, mientras mi pene crecía y se acercaba a su tierno vientre. Poco a poco me calmé y luego la penetré, pero me di cuenta de que mi cuerpo no reaccionaba con el mismo placer que antes.

Estaba penetrándola, pero no quería acabar en su vagina. Por primera vez, sentía miedo de hacerlo.

Se molestó cuando vio mi cara perdida. Mónica notó mi expresión de preocupación. "Augusto, ¿qué tienes?". Debía inventar una excusa. Y debía hacerlo rápido. Sabía que ella me descubriría si no hablaba con agilidad. Le diría algo y fin de la historia.

"Solo quiero saber por qué no habías llegado". Lo dije con firmeza, pero no sabía si la había convencido. Quizás simulaba que mi pregunta la había persuadido de que esa era la razón de mi preocupación. De todos modos, quería seguir penetrándola y ella aparentemente quería dejarme hacerlo.

Entonces puse mis brazos en su cara y uno de mis dedos jugueteó con sus cabellos. "Me demoré porque tuve que hacer horas extra. Uno de los pacientes más jóvenes tuvo una complicación. Se resfrió. Parece que me contagió su resfriado. Llegó uno de los residentes, vio su garganta inflamada y le prescribió un antibiótico. Fui a una farmacia, pero no había, así que tuve que ir a otra más lejana a comprarlo".

Recordé mi ansiedad cuando uno de mis pequeños se enfermaba, aunque fuese algo leve. Era el fin de los tiempos para mí. Aunque ya tuvieran seis años, mis nervios era algo imposible de controlar. "Cariño, ¿te resfriaste?".

Toqué su frente. Estaba hirviendo. Sus ojos estaban enrojecidos y perdidos. Me alejé de su virtuoso cuerpo, puse mis manos detrás de mi cabeza y me quedé acostado como si nada hubiese pasado. "Cariño, qué triste".

Llevé una sábana a su frente. "Augusto, ¿qué carajo haces?". Sonrió después de que la toqué juguetonamente. "¿Puedes esperarme acá? No tardaré". Terminé de subir mis vaqueros, que estaban en mis rodillas, y salí de mi cuarto.

Me sentí nervioso y en pocos segundos me faltaba el aire. Apenas llegué a la cocina. Y era increíble lo que me pasaba. Quería cocinarle una exquisita sopa

de pollo tal como la hacía mi madre cuando yo era pequeño.

Entonces decidí llamar a mi madre y luego poner una olla sobre la cocina. Mi madre respondió de inmediato. "Hijo, ¿cómo estás?".

"Estoy bien, mamá, pero Mónica se siente mal. Quiero hacer sopa de pollo para ella". Escuché un largo silencio y tuve que hablar con más fuerza. "No tienes que comprarla. Solo estaba un poco perdida porque no suelo recibir llamadas. ¿Dices que le prepararás sopa?".

"Sí, aunque ya la he preparado".

"Pero la hiciste para mis nietos, no para Vanessa u otra mujer".

"No la hice para ella porque cuando enfermó su madre no dejó que yo volviera a entrar en la cocina. ¿Puedes darme las instrucciones, por favor?".

Escuché el aliento resfriado de Mónica en el cuarto. Mi madre me dijo exactamente qué hacer y luego empecé a moverme con soltura, recordando los viejos tiempos. Puse unas tiras de pollo en el microondas para que se descongelaran rápidamente y luego piqué todas las verduras.

Sabía que la ayuda no sería gratuita. Mi mamá no dejó de preguntar por Mónica. Se metió de lleno, al punto que me convenció de ir el fin de semana a su casa a comer. Me pidió que fuese con los niños... y Mónica. Me encantó la idea.

No había compartido mucho con mi madre. Se habían visto solo en contadas ocasiones, pero mi madre parece dispuesta a disfrutar una velada con ella. Aparentemente, su presencia le agradaba. Pero no sabía cómo se lo tomaría Mónica. Quizás rechazaría acompañarme. O me diría un rotundo sí.

Fui a verla. La sopa aún no estaba lista. Recordé que la había tratado como un imbécil cuando había llegado a mi casa. Ella no se merecía eso. Y menos estando resfriada. Vi que dormía como un lirón.

Como ya estaba más calmado, me quedé contemplando su hermoso rostro. Suspiré al ver sus cabellos, dejé la puerta del cuarto entreabierta y volví a la cocina.

Cuando regresé, mi cerebro daba vueltas y vueltas. Dejé que mis ojos se congelaran viendo el fuego que calentaba la olla. No paraba de pensar. Me parecía que no habíamos pasado suficiente tiempo juntos como para

considerarnos una pareja ante la gente. ¿O sí lo somos y no quiero aceptarlo? ¿Mónica quiere que la reconozca como mi novia y no me lo ha dicho?

Fui de ida y vuelta por el pasillo de la cocina, pensando en todo lo que podía pasar si tomábamos esa decisión. Tanto lo bueno como lo malo. No quiero volver a pasar por la experiencia de un matrimonio fallido. No me gustaría atravesar nuevamente por un infierno como ese con una persona tan especial como Mónica. Eso me dolería en el alma.

Mi vida no tenía sentido sin ella. Ya no me veía a mí mismo solo. Y no entendía cómo había llegado a ese punto en mi vida. Cuando había decidido casarme, no sentí temor alguno. Pero ahora, aunque pensara en todos los escenarios que mi mente planteaba, siempre llegaba a la misma conclusión. Estaba asustado y mi mandíbula temblaba ante el miedo de perderla.

Sé que ella le da estabilidad y alegría a mi desorden. Además, me ayuda como nadie más con mis amados hijos. Los ha criado estupendamente. Me di cuenta que cometer un error con Mónica sería el fin de mi existencia.

Recordé cuando compartimos felizmente antes de ir a casa de sus abuelos. Ella jugó horas con ellos, y no le importó lucir un disfraz ridículo para que ellos rieran. Incluso armaron un telón para mostrarme una obra de teatro.

Durmieron con sus rostros desbordados de alegría. Y a la mañana siguiente no paraban de hablar de Mónica. Ese día será inolvidable para mis hijos. Yo también la había pasado muy bien la noche anterior una vez que ellos durmieron. La había puesto encima de mí para que cabalgara sobre mi pene. Todo lo que me hacía feliz estaba en mi casa. Y no quería perderlo.

Capítulo 8: Augusto

El resfriado de Mónica no remitía. Le administré estuvo suero para mantenerla hidratada y antibióticos para alejar las infecciones. Pasaron cuatro días infernales. El viernes en la noche llegaron los chicos y el sábado se quedaron a su lado mientras yo hacía las compras. El domingo fue el día de ver películas infantiles y viejas caricaturas. Se adueñaban del televisor al llegar.

El lunes noté que se sentía mejor, pero no tanto como para hacerle el amor. Era inusual que no lo hiciéramos, excepto cuando estaba menstruando. Acompañarla sin poder tocarla porque su cuerpo todavía estaba ardiendo por la fiebre no fue precisamente una buena noticia para mi pene.

Los niños se despertaron temprano para ir a su escuela. Se marcharon, lo que nos dejaba unos veinte minutos solo para nosotros. Sabíamos lo que queríamos hacer. Entonces me abalancé sobre ella. Puse su cuerpo sobre la pared. Nos veíamos fijamente.

Me deshice de su ropa ágilmente y luego trabajé en la mía. Mónica no paraba de reír con malicia por mis movimientos rápidos. Bajé por sus tetas y su risa malvada fue reemplazada por un jadeo poderoso. "Carajo, Mónica. Estos días fueron una cagada".

Me moví con suavidad dentro de ella, recordando que no estaba totalmente recuperada, pero nuestro deseo se mantenía y el placer era bastante fuerte. Todo mi cuerpo la recibía con lujuria. No parábamos de tocarnos y sentir cómo nuestras pieles se unían. "Lo sé. No dejes de besarme. Bésame más", dijo.

Siempre había sentido mucha excitación en esos momentos previos. Era como si bailáramos una balada muy suave. Luego subía la temperatura cuando la penetraba. Pero cuando llevé mi pene dentro de ella y su vagina se tensó sobre mi tronco, las cosas fueron distintas. Una emoción me invadió.

De ahora en adelante, solo me correspondía ser muy feliz con ella. La emoción era indescriptible, pero se asemejaba a la felicidad. Jamás había sido tan feliz al lado de alguien como lo era con Mónica. Incluso había estado casado, pero la sensación de felicidad se había desvanecido rápidamente.

Mis movimientos cesaron. "¡Quiero que seas mi esposa!". Sus caderas también pararon. Nuestras miradas se encontraron por largo rato. Sus lágrimas llenaron sus mejillas. "Mi reina, no te lo pido para que llores. Dime si quieres hacerlo". Asintió con su cabeza, pero no sabía qué decir. Su garganta estaba quebrada.

Haló mi cuerpo y subió sus piernas para sujetar mis caderas. Volvimos a besarnos y yo volví a penetrarla. "También quiero casarme contigo. Lo haría todas las veces que me lo pidas".

"Quisiera que pasaras el resto del día conmigo". Me vio. No suelo tomar días libres, salvo en caso de estrictas emergencias. Descubrí un trazo de ilusión en su cara, aunque sabía que ella esperaba una respuesta negativa de mi parte.

Me comuniqué con mi mano derecha en el concesionario. Él lanzó una gran cantidad de chistes cuando le dije que no iría. "De acuerdo, mi amor", dijo ella. Llamó a una compañera y le inventó una excusa para informar que no asistiría ese día a sus clases. Le comentó que su resfriado seguía.

Hicimos el amor varias veces. Era de esperarse. Pero también hablamos mucho. Sobre nosotros. No parábamos de hablar mientras hacíamos el amor, tampoco cuando acabábamos y nos relajábamos ni cuando tomaba una breve ducha.

Mónica estaba agotada. Parecía que ya no podría, pero me lancé sobre ella y volví a cogerla sin pensar en nada más.

Una sensación de alivio que no tenía hacía mucho tiempo por el divorcio llegó a mi cuerpo mientras ella descansaba sobre mí. Sabía que los niños llegarían pronto a casa, así que fuimos a la bañera. Ella puso su cabeza en mi hombro y saboreamos una copa de un viejo champán que tenía guardada.

"¿Te gustaría escoger tu anillo o dejarás que yo lo haga?". Tomé su mano entre la mía.

Estaba atreviéndome a transitar un camino difícil, pero lo hacía porque sabía que Mónica era la mujer de mis sueños. "Dejaré que tú lo escojas. Ansío ver cuál será tu elección". Me contentó su decisión. Se lo hice saber con un beso en su mentón y un cálido abrazo.

Sabía mucho sobre su personalidad, y entendía que ella buscaría un anillo barato para no hacerme gastar tanto dinero. No me gustaba la idea de que ella lo eligiera. Además, ella prefería que gastara ese dinero en cosas que los niños necesitaran.

Es una actitud que le agradezco más que cualquier cosa en la vida. Valoro su humildad, pero en un caso como este quiero que tenga el mejor anillo. El compromiso será serio y duradero.

Además, no tiene que saber cuánto gasto. Hasta hacía poco, era solo la chica que cuidaba a mis hijos y que yo aprovechaba para cogerme.

Vivo muy bien gracias a mi concesionario, pero no soy tan adinerado como mucha gente cree. Además, mis padres me dejaron esta casa y no tengo deudas grandes con los bancos

El concesionario ha tenido buenas ventas durante los últimos seis años. Hemos vendido tantos vehículos desde el año pasado que puedo resistir malos tiempos sin ningún problema.

Quiero abrir un fideicomiso para que mis hijos estudien en la universidad. No tengo problemas financieros. Mónica no sabe nada de esto. Es un asunto que podré conversar con ella con calma cuando me sienta más cómodo.

A fin de cuentas, ella no estaba preocupada por el tema. No me había preguntado nada sobre mi dinero desde que la había conocido. Me parece que cree que recibo una ganancia baja cada mes. Y fin de la historia.

"Augusto, quiero contarle a mi familia". ¡Carajo! ¡Ya empezarían todos a llorar al saberlo! Recordé que no había pensado en eso al momento de pedírselo. Su familia y el resto de la gente se enterarían.

“¡Hazlo! Yo también llamaré a mi madre para contarle. ¿Pero no quisieras esperar que compre tu anillo?”.

"Me encantaría contarle ya. Estoy tan contenta que no puedo esperar".

Ella salió raudamente de la bañera y tomó su celular. Yo seguí sus pasos y tomé mi teléfono. Aunque hubiera preferido esperar, la enorme sonrisa de Mónica me hacía olvidar todo.

No supe cómo lo hicieron, pero en unos segundos su madre tenía el número telefónico de la mía y hablaron. Después me enteré de que mi suegro tomaba

un avión para llegar a mi ciudad cuanto antes. Estaban completamente felices. Entonces lo entendí: debía reaccionar rápido para adaptarme a la nueva realidad que vivía.

Los niños llegaron unos minutos después. Les contamos lo que queríamos hacer en un restaurante al que los llevamos a comer pasta y helados de chocolate. Pensé que se molestarían, pero estaban alegres y un poco nerviosos. "Es una buena noticia", dijo Rosalía. "Supongo que estarás con nosotros toda la vida".

Acarició sus cabellos, sonrieron y se abrazaron. "Así es, cariño". Mi hijo, en tanto, sonreía discretamente. Estaba asombrado por la escena romántica que veía.

Era feliz de estar con una mujer que me amaba y que me correspondía, y mis hijos estaban a mi lado, contentos de recibirla como parte de la familia. Y aunque Marcos no lo demostraba, estaba contento por lo que pasaba. Su rostro iluminado lo delataba. Me sentí afortunado al verlo.

Retomamos la rutina al día siguiente. Yo fui a mi concesionario. Estaba tan ruborizado y sonriente que todos mis empleados se enteraron de mis planes, pues tuve que decirles para que dejaran de cuchichear. Mónica fue a sus clases.

Entendí que mis empleados sospechaban lo que estaba pasando. Comentaban detalles que pensé que no sabrían. Estaban alegres y me daban palmadas en el hombro, pero se notaba que su curiosidad los había llevado a indagar, aunque no me había dado cuenta. Me percaté de que al final no era tan bueno para fingir que nada pasaba.

Le resté importancia a los comentarios y fui a comprar el anillo de mi amada Mónica. Almorcé tranquilamente y luego entré a la tienda. Me decidí por un anillo grande, con tres diamantes en el medio y detalles grabados en el interior.

Apenas pude esconder mi llanto cuando el hombre lo puso suavemente en una cajita de terciopelo azul oscuro y me lo entregó. Le pedí al vendedor que me diera el anillo más grande que tuviera. Me había buscado justo ese.

Me emocioné tanto que quise ponerlo enseguida en su mano. Tomé mi celular con nerviosismo y la llamé antes de encender mi auto. No pensé que estaría

ocupada. Afortunadamente, acababa de comer y estaba tomando un receso para digerir su plato.

Quería sorprenderla cuando saliera por la puerta del hospital. "Te esperaré fuera de tu hospital. Búscame bajo la sombra del manzano en el que te has tomado esas miles de fotos", le pedí, pero fui antes de lo previsto. Ví una expresión de alegría genuina en su cara que encendió el fuego en mi cuerpo. Me ordené a mí mismo portarme lo mejor que pudiera. Esa sonrisa jamás debía abandonar su rostro.

Mis manos se apoyaron en el volante. Salí del auto y ella llegó. Me abrazó con fuerza y suspiró. Recordé que era menor que yo y debía protegerla, además de mostrarle todo el amor que sentía por ella en cada instante que pudiera.

Solo tomé el anillo de mi bolsillo, me arrodillé y tomé su mano entre las mías. No hubiera podido decir un discurso magistral, aunque lo hubiera intentado. No soy muy buen orador.

Besé su anillo y se lo mostré. "Mónica, quiero que seas mi esposa y desees usar esta muestra de mi compromiso contigo toda la vida". Me levanté y la abracé intensamente. Rompí en llanto. Se me hizo imposible evitarlo.

Sospeché que había girado para verlo en lugar de verme a mí, pues el anillo todavía estaba en mis manos. "Me encanta este anillo", dijo. La separé para encontrarme con su rostro y que me respondiera con sinceridad.

"¿En serio te gusta o lo dices por educación?".

Tocamos nuestros labios y luego nuestras bocas se unieron por unos diez minutos. "No me gusta. Lo amo, cariño. Quiero que todos lo vean". Nos separamos porque ella debía volver a sus clases y yo tenía trabajo pendiente. Cuando abrí la puerta de mi concesionario, sentí que era un hombre renovado.

Al suspirar, ya mi hijo tenía mi mano entre la suya y esperaba que Mónica llegara. Como su resfriado había diezmado su estado de ánimo, la cita familiar había sido postergada. Pero el día había llegado. El tiempo pasó tan rápido que el domingo llegó y apenas pude darme cuenta.

Mi madre los esperaría a todos en su casa. Sus llegadas me habían llenado de miedo. Supe que eso sucedería apenas la noche anterior. Pensé que tardarían más al llegar desde su casa al otro lado del país, pero habían tomado un avión.

La causa de ese miedo no estaba en mi familia sino en la suya. Esperaba que todos estuvieran felices por las novedades. Evitaba decírmelo, pero sé que lo anhelaba con ansias.

Mi última experiencia con suegros había sido tóxica. Ya no me importaba si sus padres querían que estuviera en su vida. Solo quería que no se inmiscuyeran en sus asuntos. Y que ella estuviera feliz.

Mi hija salió de su habitación tomada de la mano de Mónica. Ambas habían escogido el mismo atuendo: vestidos de flores amarillas con trazos blancos hasta la rodilla. Lucían sandalias blancas abiertas y su cabello tenía cintillos de flores rosadas.

Ambas irradiaban una inmensa felicidad. Tomé a Rosalía y la puse en mi regazo y con mi otra mano tomé la de Mónica. "Qué hermosas se ven mis amores". Marcos nos acompañaba y avanzamos fuera del auto.

Me relajé mientras conducía y me dije a mí mismo que no había nada que temer. El miedo que sentía previamente se había esfumado con la belleza que mostraban mis chicas. Sonreímos en el camino y nos dijimos frases de ánimo. No había olvidado que quería hacerlos a todos muy felices.

Me imaginé que quizás su familia tendría reservas al principio, pero que pronto me aceptarían en sus vidas.

Ya mi madre había cruzado algunas palabras con Mónica, de manera que recibirla con un abrazo cálido y largo no fue sorpresivo para mí. Y mostrar una amplia sonrisa cuando la tomó entre sus brazos me demostró que la aceptaba.

Los Pascual llegaron poco después. Eran muy expresivos, y la madre era de estatura tan baja como la de Mónica. Era muy amable con todo el mundo, especialmente con mis hijos, lo que me encantó. Entendí de dónde venía la personalidad de mi niñera favorita. Las caras de alegría de la familia de Mónica me sorprendieron enormemente.

Mi suegra estaba acompañada de primos, hermanos, sobrinos y un largo etcétera. Había llevado unos cuantos obsequios y se los había entregado a mis hijos, a los que empezó a llamar nietos. Conté diez, pero luego perdí la cuenta.

Los hombres no aportábamos nada a la charla de las mujeres. Estábamos mezclados y hablábamos de otros temas. Ellas hablaban sobre muchos temas y

por momentos hacían comentarios muy banales. Se concentraban en el anillo y las cosas que decían mis hijos. Las chicas miraban el anillo como si fuese un objeto traído de Marte. Una de sus tías lo vio y le dio la bendición.

Capítulo 9: Augusto

Todos los hombres caminaron para conversar con mi papá. Él estaba en el centro y todos formaron un semicírculo alrededor de él. ¿Conversaban sobre mi funeral? No lo creí posible delante de mi padre. Ellos lo escuchaban atentamente, respondían con frases cortas y luego me miraban con curiosidad.

Además, Marcos estaba con ellos también. Estaba contento de ser uno más en una conversación llena de adultos, aunque no entendiese los temas que ellos trataban.

Otro hombre joven llegó. Era un hermano de Mónica que tenía mucho tiempo sin verla. Tomó su cintura, la apretó con fuerza y apreté mis puños para controlar mi deseo de darle un golpe.

Miguel la besó contundentemente en los labios y yo quise arrancar los suyos a golpes, pero pensé que tenía que aceptar esas costumbres. "Miguel, llegas tarde de nuevo", le dijo Mónica mientras sonreía ampliamente.

Introdujo una mano en el bolsillo de su chaqueta. Sacó la llave de un auto. "Lo que sucede es que nuestro padre quiso que te trajera la 4x4 familiar para que te desplaces con comodidad en la ciudad, pero los de la aduana se tomaron todo el tiempo del mundo para revisarlo".

¿Qué le sucede a este Miguel? Me pareció escuchar 4x4. No las vendo en mi concesionario, pero sé lo que son y lo que hacen. También sé que la más barata cuesta doscientos mil pesos.

Finalmente me vio y comprobó que mi cara no mostraba precisamente un semblante amable. "Hermanito, gracias por evitarme el viaje. Pensaba buscarlo cuando fuese a buscar mis cosas en casa de mis padres, pero supongo que ya no tendré que hacerlo", le dijo mientras me veía.

Mónica acercó a su hermano hacia mí y lo saludé con cordialidad. El resto de su familia estaba distraída, por lo que afortunadamente no se percataron de mi molestia.

Empezó a hacer preguntas cada vez más indiscretas. En un momento me preguntó por los autos. "¿Podrías adaptar uno a mi gusto? ¿Has hecho algún trabajo que puedas mostrarme?". Tomé mi celular sin muchas ganas.

"Este me gusta. César, ven a ver esto", le pidió a su primo, que rápidamente vio las fotos en mi celular. Después comenzaron a preguntarme si me tomaría mucho tiempo hacer un trabajo como ese con un auto que tenían en su casa al otro lado del país.

Aunque les dije una frase afirmativa, más por educación que por ganas de ayudar, me asombre cuando me dijo que estaba dispuesto a darme cuatrocientos mil pesos por los arreglos del auto. Me pregunté de nuevo qué carajo le pasaba al tal Miguel.

"Este es el momento de Mónica y si mi madre cree que este no es el momento oportuno para hablar de negocios, va a halar mis orejas y a regañarme. Creo que podremos acordar la suma y las fechas luego".

Volvió a estrechar mi mano. Se inclinó para saludar a mi hija, que no sabía controlar sus reacciones tanto como yo. El único cariño tan fuerte que ha visto son los suaves besos que le he dado a Mónica delante de ellos. Le inquietaban tantas voces altas, tantos gestos y las muestras desafortunadas de aprecio entre ellos.

Pero su abuela le entregó una muñeca rubia vestida de enfermera y su incomodidad desapareció. Sonreía y me pareció que, a pesar de todo, ella y su hermanito estaban bien y eso era lo que importaba.

Mónica ya había hablado con todos y se acercó a mí. "Mónica, veo que tu familia es adinerada". Quise parecer educado, pero no había forma cortés de plantearle mi curiosidad. Los tipos estaban nadando en billetes.

"Lo es". Ella me miró con una cara inexpresiva.

"No te hacía falta buscar trabajo".

"Pero no pienses en esas cosas, cariño. No quiero depender de nadie. Mi padre estaba a mi lado en el camino, pero me inculcó la idea de que debía ser independiente".

Se alejó para volver a conversar con otros familiares. Uno de sus tíos se acercó a mí. Me hacía gestos con su mano derecha, hablaba sin parar y tenía un cigarrillo enorme en su boca, pero no lo había encendido. No había visto a una persona tan italiana como él.

Tres carpetas llenas de papeles salieron de su chaqueta. Me los pasó como si

fuesen un objeto robado. "Oye, Augusto, ya conversé con mis abogados. Esto es lo mejor que podrás conseguir".

Iba a comenzar a revisarlos, pero Mónica corrió y los sacó de mi mano violentamente. Sospechaba lo que me diría después. No estaría muy contenta.

"Tío Alberto, detente. Augusto no tiene que firmar nada"

Mónica sonrió y le quitó su bolígrafo y su trago de vino. "Sobrina, lo hago para proteger tus intereses".

Tocó mi hombro y se fue. "Entiendo, pero no tienes que hacerlo". De nuevo estaba a solas con el tío.

"Oye, no quiero lastimarte, solo... que es mi sobrina". Luego me contó que quería comprar un auto modificado también, pero que su esposa lo colgaría de las bolas si se atrevía a hacerlo. Estaba dispuesto a comprarlo, aunque solo fuese para exhibirlo ante sus vecinos.

Nos sentamos todos a cenar. Estaba una gran mesa dispuesta en el jardín. Mis nuevos familiares mostraban sus personalidades sin temor alguno.

Los hombres de la familia de Mónica sabían cómo mostrar su elocuencia y hablar en voz alta, pero las mujeres eran las que manejaban toda la situación., habían planificado cada detalle de la boda, incluso la fecha y el lugar. Al parecer, lo único que tenía que hacer era ir y decir "acepto". El resto estaba listo.

Pero todos hablaron al mismo tiempo sobre las ventajas y desventajas del lugar, que no les gustaba a todos por igual, y sus voces eran tan gritonas que mis oídos estaban a punto de sangrar.

Después salió a relucir otro punto álgido: si yo debía pagar el alquiler del local o lo haría su padre. Como había sido su elección inicial, estaba aferrado a la idea de hacerlo él.

"Piensa que casi todos los invitados son parte de mi familia. Cuando los veas comer en esa boda, sabrás que fue lo mejor dejar que mi padre sufragara esos gastos. Si haces algo mal respecto a la comida, las flores o cualquier cosa que tenga que ver con la boda, te lo recordarán cada vez que te vean. Además, hagas lo que hagas, no convencerás a mi padre".

Mi mirada era de estupefacción. Mónica era una chica adinerada, al igual que

las que había tenido antes. Pero no me arrepentía de estar con ella. Era muy distinta a las demás.

Me sentí tranquilo. Dejé que la noche fluyera y no intervine. Sus familiares derrochaban alegría por ayudar a Mónica y ver la felicidad en sus ojos. Y también estaban contentos de compartir mis hijos, cosa que pensé que no harían antes de conocerlos.

Sonreí una vez más. Mi madre también estaba llena de satisfacción, la risa de mi padre competía con la estridencia de sus nuevos familiares y Marcos le contaba a los adultos todo lo que sabía de autos. Alberto bailaba con mi pequeña Rosalía. Ella dejó sus pies sobre los zapatos del hombre alto.

La casa de mi madre estaba llena de gente y de optimismo. "Sé que es difícil para ti, pero ya verás que pronto te adaptarás a ellos", dijo mi suegra. Se sentó a mi lado. Vi que todos bailaban y se abrazaban.

"Augusto, Mónica es la hija consentida de mi amado Piero. Es nuestra hija más pequeña y la hemos consentido más que sus hermanas. Yo diría que demasiado. No sería justo para ella que no planificáramos na boda tan grande y hermosa como las que han tenido sus hermanas. Nos haremos cargo de todo lo que tenga que ver con tu boda. No lo hacemos para que te sientas mal".

"¿Y cuántos invitados planean traer"?

" El número total lo sabré después, pero quizás sean cuatrocientos, quinientos. Esperaré que tu madre me entregue la lista de tus invitados".

"Creo que serán como quince personas a lo sumo". Sonrió mientras tocaba mi mejilla.

"En ese caso no tendrás que preocuparte por el espacio. Y en cuanto a nuestros invitados, Piero ya rentó un avión para que viajen aquí y luego regresen. Podríamos hacer la boda en unos cuatro meses, pero luego la acordaremos entre todos, cuando no hayan comido tanto".

Los señaló con su mano. Ellos saltaban y reían. Hasta mis padres estaban involucrados en sus chistes. Una de las hermanas de Mónica, Laura, recorría el jardín para ver las flores de la mano de mi madre. Y ella sonreía. Indicó a los demás que se reían y bromeaban entre ellos, incluida mi propia familia.

La familia de Mónica había alquilado todas las habitaciones de un hotel.

Salieron hasta allí en una gran cantidad de taxis. Se quedarían en ese lugar unos tres o cuatro días y luego emprenderían el camino de vuelta a Los Naranjos. El sueño estuvo a punto de dominarme unos minutos después.

Estaba muy impactado cuando mis hijos salieron de la casa de mi madre. Como habían recibido tantos obsequios, me vi en la obligación de dejar unos cuantos pues no cabían en el auto.

Les pedí que se cepillaran sus dientes, se pusieron su ropa de dormir y se acostaron. Mónica se acercó a mí. "Mónica, me hubiera gustado que me lo contaras antes de verlos", le comenté, aunque no estaba molesto, pero sí tremendamente asombrado por todas las noticias que me habían dado los Pascual. No había sabido nada, aunque había tenido tiempo suficiente para hacerlo.

Por primera vez desde que nos acostábamos juntos, no la tocaba cuando estábamos a punto de meternos en mi cama. "No me pareció importante hacerlo, mi amor".

Me di cuenta de que era posible que Vanessa quedara como una niña pobre delante de Mónica. ¡Y yo apenas me enteraba! Acababa de descubrir que tenía más dinero que yo. No me enfadaba la idea. Eso solo lo hacían los machistas.

"Puedes estar tranquilo. No usamos el dinero para hacerle daño a la gente ni invertir en negocios sucios. Pero ten cuidado. Te joderemos si te atreves a hacerme daño". Sonrió, como si contara un chiste, pero yo sentí que la mierda llenaba mis pantalones.

"Creo que debemos conversar sobre este asunto, aunque estoy tranquilo".

"No tenemos que hacerlo, Augusto. No me interesa. Solo son detalles. Mi familia es rica, entonces soy rica. Tú también lo eres. Dejaré alguna suma en el banco y espero que hagas lo mismo. Tendremos la estabilidad económica que necesitamos. Además, está la casa de verano en El Arroyo"

"¿Perdón? ¿Dices que tienes una casa de verano en El Arroyo?"

"Ah, sí. Lo había olvidado. Mi padre la construyó para todos hace unos años. Tenemos varias. También tenemos unas posadas en Colinas del Monte. Iríamos y tus hijos podrían aprender a esquiar. Se sentirán felices cuando vayan allí con los primitos que aún no conocen".

"Laura vino sola, al igual que Piero Hijo, porque no querían que sus casas estuvieran completamente solas. Además, mi cuñada tiene siete meses de embarazo. Alguien debía cuidarla. Aparte de eso, no había un avión tan grande para todos".

Hablaba de su hermana y su hermano mayor. Enumeró a sus sobrinos y la lista me pareció larguísima. La familia definitivamente era numerosa. Podrían ocupar toda una ciudad. Dejé que todo mi cuerpo cayera en la cama.

Acarició mi cabello y puso su mentón en mi hombro. Toqué su mejilla y acaricié su hombro. "Cariño, cálmate. Tendrás tiempo para aprender sus nombres".

"Lo que quiero saber es que siempre estarás conmigo".

Mónica dejó sus ojos sobre los míos. "El dinero no es importante para mí, amor. Eso no me hará alejarme de ti. Nada lo hará". Luego me abrazó.

Ella estaba clara. Sabía sobre sus orígenes y los aceptaba sin remordimientos. Entonces sus besos me atraparon y sus dedos tomaron mi pene. Olvidé en ese momento lo que estaba pensando.

"Por ejemplo, no quiero que esto cambie". Se desplazó con lentitud provocativa hacia abajo y se metió mi pene en su boca. Hizo que mi pene subiera con cada lamido que le dio y luego me guió para que penetrara su vagina.

Sujeté sus caderas para que cabalgara con potencia sobre mis ansiosas bolas. Tomé sus senos con fuerza. Dejé mis labios sobre una de sus tetas. Se vino dos veces mientras su garganta lanzaba un torrente de gemidos. Entonces la sujeté y sus muslos rebotaron contra mi pene.

Tuve miedo de que sus gritos despertaran a los niños, así que cubrí su boca con mis manos. Mi pene entró más fuerte y más profundo, como si reclamara lo que era suyo. Giré su cara y vi su expresión de placer. Casi me vengo cuando su vagina tensó mi tronco con intensidad. No pude evitarlo.

"Tu dinero es tuyo y puedes hacer lo que te plazca con él. Solo quiero hacerte feliz".

No me prestaba atención porque quería que mi pene siguiera devorándola hasta que se viniera una vez más. "Perfecto, mi amor. Pero concéntrate".

Puse mis dedos cerca de su boca y ella chupó cada uno, y cada lamido era más delirante que el anterior. Su vagina pedía mi semen, pero yo quería hacer algo más. La nalgueé varias veces y dejé que mi erección llegara al fondo de su ser.

El peso de su cuerpo cayó sobre los dedos de sus manos y sus rodillas. "Quiero que gires". Mis dedos se empaparon con sus líquidos y los míos. Los usé como lubricantes. "Pon tu boca en la almohada. No quiero que tus gritos sean tan feroces como la vez anterior", le pedí.

Sabía que no paraba cuando se trataba de gritar como loca. Entendí que siente mucho placer con esta experiencia, que es nueva para ella.

Mi hizo caso. Tomó una manta con sus manos y dejó que su trasero subiera para recibir mi erección. "Cariño, toca tu vagina". La penetré y ella dejó sus dedos en su clítoris. Por poco rompe la manta con sus dedos inquietos. La almohada recibió la ola de gritos.

Le demostré que quería seguir siendo su hombre. La cogí por varias horas por su culo. Su trasero quedó hecho añicos, pero ella estaba satisfecha. Sus ojos se abrieron después de un largo rato. Luego, poco a poco, recuperó el aire y su cara volvió a la normalidad.

Si había algo que no podía comprar todo su dinero, el mío o la suma de los dos, eran esos orgasmos poderosos y embriagadores.

Capítulo 10: Agosto

Abrí mi concesionario y una hora después recibí a unos clientes que no esperaba. Se trataba de su primo y de su hermano. Se habían tomado en serio lo de los autos que querían. Les ofrecí descuentos, explicándoles que ya los consideraba parte de mi familia, pero no les gustó la idea.

Dio algunos pasos por el concesionario para ver los autos. "En los negocios no hay amigos ni familia. Nos mantenemos firmes en eso", me afirmó Miguel. Recordé a Mónica y pensé que no se preocuparía demasiado si se enteraba que no les importaba desprenderse de unos cuantos pesos para satisfacer sus deseos.

Ella era una chica tranquila, al igual que todos sus familiares. El dinero, que les aportaba la comodidad para comprar autos o relojes de lujo, les brindaba confort. No tenían que preocuparse por nada.

El tío Alberto llegó después. No quería que su esposa supiera que ansiaba comprar un auto nuevo. Se notó más relajado con sus sobrinos que cuando estuvo en la cena familiar.

"Guarden el secreto. No quiero que su tía Alessia se entere".

"Pero lo verá cuando lo lledes a casa, tío", dijo Miguel.

"No, porque ella no acostumbra ir al garaje. Se enterará solo si ustedes abren la boca", les dijo mientras los miraba con recelo. Supe que ellos temían que les daría un escarmiento si revelaban la compra.

Comencé a conversar con ellos y pasamos toda la mañana juntos. Me encantó hablarles sobre mi trabajo y responder todas las preguntas que hacían sobre los autos y el taller mecánico.

"Oye, Augusto, podríamos asociarnos para que abras una agencia en Los Naranjos. Venderías el doble de lo que vendes aquí. Tenemos un primo, Giovanni. Él sabe mucho sobre estos negocios y podrá ayudarnos".

"Exacto. Conozco a Giovanni y sé que puede vender autos como este al triple y aun así la gente los compraría. Te llenarías de plata y no tendrías que preocuparte por nada de nada".

Ví a los chicos, que habían planteado el tema con mucho interés. "¿De verdad? Parece una idea atractiva".

"Claro que lo es. Diseña una estrategia para ese nuevo negocio y nos la entregas antes de que nos vayamos, dentro de dos días".

"Podrías llevar algunos de tus autos disponibles y empezaría a funcionar rápidamente. Con unas semanas de trabajo duro y los trabajadores expertos que tienes, instalarías ese negocio en menos de un semestre. El único problema que veo ese peaje lento y los movimientos en la aduana, pero el tío Alberto podría echarnos una mano con esos tipos".

El tío oyó con atención. Sacó un cigarrillo y lo puso en su boca, pero no le encendió. "Me gusta mucho ese auto. Quizás lo pida en color rosado. Quizás así Alessia me deje tranquilo". Estaba maravillado con los autos. Los sobrinos rieron a carcajadas.

Su familia se marchó. Los días transcurrieron con velocidad. Analicé todo con cabeza fría. Entendí que esa familia se tomaba las cosas muy en serio. Y no les gustaban los juguetos.

Un día después, recibí una llamada del primo Giovanni. Hablaba como si fuese un empresario. Su experiencia era evidente. Era lógico que se expresara de esa manera, pues sus padres le legarían sus empresas.

Mis hijos los abrazaron fuertemente a cada uno de ellos. Uno por uno. Los chicos ya sentían cariño por ellos y los apretaron con fuerza. Estaban tristes por sus partidas, pero al mismo tiempo contentos por saber que volverían pronto.

En más de una ocasión hicieron video llamadas para hablar con ellos. Ya Rosalía quería abrir una tienda de maquillaje porque el hijo mayor de Giovanni, que solo contaba con ocho años, era aficionado a ese tema. Ambos habían unido esfuerzos para enloquecerme. Y también a Giovanni. Hablaban todo el día del tema.

Mónica estaba tranquila, como siempre. Ambos retomamos nuestra rutina. Me pregunté cómo lograran mantener su humor y su paz, aunque se acercara un cambio importante.

Quería seguir viviendo en la misma casa. No me había pedido que le regalara una casa más lujosa o que la ampliáramos. Con mis exnovias o Vanessa, esa actitud era moneda corriente. Pero Mónica seguía mostrando su sencillez.

Cada vez que llegaba de clases hacía unas cuantas llamadas y revisaba presupuestos por internet. Veía su anillo y en pocos días se metió de cabeza en la planificación de la boda. Le agradecí a Dios por regalarme una compañera de vida tan buena.

Pero tenía los pies en la tierra. Era reconfortante saber que ninguno de nosotros se vería en dificultades económicas. Si la economía iba mal o los gustos de la gente cambiaban, Mónica podría ayudar económicamente.

Entonces entendí que su dinero me aportaba una tranquilidad necesaria. No era un problema, sino un beneficio. Solamente quedaba el rollo que había armado mi exesposa. Y pensar que no sabía que yo me casaría.

Decidí que yo se lo contaría. Esperaba que se lo tomara con calma. Sabía que llegaría a dejar a los niños para que pasaran dos semanas conmigo, así que hablaría con ella para no lamentar las revelaciones de los chicos.

Aunque no me importaba su reacción o sus groserías, me costaba planteárselo. Pero me aferré a mi experiencia y mi madurez para hablarle con firmeza.

Cuando tocó mi puerta, su actitud era más tranquila de lo habitual. Su voz estaba quebrada y su rostro estaba lleno de lágrimas y desaliento. Había llegado sin la compañía de sus padres y no decía groserías.

Les pidió a los niños pasar y dejó sus brazos en su cintura. No quiso pasar a la sala de estar. Me vio, y noté cómo su aliento salía compungido por su boca. Tenía la derrota dibujada en su cara. "Vanessa, ¿sucedió algo?", le pregunté por educación.

"A pesar del miedo que algunos miembros de tu nueva familia quisieron meterme, estoy bien".

"¿Cómo dices?".

Abrió sus ojos de par en par y cruzó sus brazos. "No te hagas el tonto".

"No sé de qué me hablas, honestamente".

"Pues entérate. Tu suegro me hizo una visita, pero no de cortesía. Me pidió de forma no muy educada que no me metiera en el camino de su hija, pues quiere

que sea feliz contigo. Me parece increíblemente triste que todavía haya personas que usen su posición y su dinero para tratar de asustar a los que no somos tan ricos".

Le di la espalda y reí a carcajadas. Debía ser un chiste de mal gusto. Su padre, irónicamente, siempre hacía ese tipo de visitas para amilanar a sus adversarios o a cualquiera que no le simpatizara.

Más tarde conversé con Mónica al respecto. Ella también ignoraba la supuesta visita. Decidió llamar a su madre y ella le contó todo. Efectivamente, mi suegro había pasado junto a su hermano por casa del padre de Vanessa y les habían dejado claro que no querían ninguna cagada de su parte.

Sin entrar en muchos detalles, básicamente le dijeron al padre de Vanessa que, si se pasaban de la raya, habría "accidentes" que perjudicarían a su empresa. Para él, su empresa era más importante que su hija, por lo que aceptó la "propuesta" de hacerse a un lado y convencer a su hija de no inmiscuirse en mis asuntos.

"Mónica, tus padres son de armas tomar".

"Así es, Augusto. Y espero que te lo tomes en serio. Pero relájate. No nos harán nada. Y no dejarán que nadie nos haga algo. No se meterán contigo, a menos que empieces a golpearme. El resto lo decidimos nosotros. Solo estamos tú y yo en esto". Me pareció que tenía toda la razón y callé.

Después de unos días, todo comenzó a girar alrededor de la boda y la presencia de mi madre en casa se hizo más frecuente. Poco a poco, nuestra vida comenzaba a tomar el camino de la normalidad.

Visitaríamos a la familia de Mónica porque el final del curso escolar estaba cerca y ya planeábamos ese viaje a Los Naranjos. Aprovecharíamos para ver el sitio que eligieron para realizar la ceremonia.

Vanessa era una especie de recuerdo lejano. Vagamente se asomaba a recibirme o se mantenía lejos de la puerta cuando iba a llevar a los niños. Tanto Rosalía como Marcos estaban contentos de ir a un lugar nuevo para ellos y poder compartir con sus nuevos familiares nuevamente.

Desperté ese día temprano. Después de ducharme me puse mis calcetines, y justo cuando iba a subir mis pantalones para ir al concesionario, Mónica corrió del baño y se paró frente a mí.

"Cariño, tenemos un problemita".

Ella dio unos pasos. "Carajo. No me digas que de nuevo se jodió la tubería". Tenía algo en sus manos, pero yo no podía verlo. "No es la tubería. Hablo de esto".

Abrió sus manos y me mostró el artículo. Era una prueba de embarazo. "Mónica, ¿dices que...?". Me inquieté con su revelación, pero rápidamente mi estómago se llenó de felicidad. Una emoción que velozmente pasó al resto de mi cuerpo.

Tomé sus brazos. "¿No estabas tomando las pastillas anticonceptivas?". Sus ojos estaban llorosos y quise consolarla.

"Sí, pero algo pasó. Quizás los antibióticos que tomé para el resfriado alteraron mi cuerpo. Estas son las consecuencias. Cariño, te juro que no era mi intención. Te pido disculpas".

La tomé delicadamente por sus hombros y la abracé. "No digas eso. Sé que no lo hiciste". Quería que supiera que ese pensamiento jamás había pasado por mi mente. Ni antes ni en ese momento.

"Augusto, dime que no te enfadaste". Realmente no lo estaba.

"Estoy muy feliz. No tengo razones para molestarme. Tendré una niña o un niño igual a ti".

"Yo estoy preocupada. Aquí no cabe nadie más".

"Habilitaremos un espacio o ampliaremos un cuarto".

"Puede que sirva esta vez, pero no quiero tener solo un hijo. Quiero una familia numerosa". Reveló ese deseo y me causó una erección.

"¿Numerosa quiere decir...?".

Encogió sus hombros. "Mi número mágico es cinco. Podría tener seis si me siento bien". Acarició mi mejilla.

"Mierda. Podríamos tener ocho si quieres".

"Entonces, sobre la casa...".

"No lo sé. Tengo que pensarlo. Podríamos alquilarla, si te parece bien. Quería dejárselo como herencia a Marcos. No quisiera venderla".

"¡Estupendo! Solo hay que hacer una cosita: comprar otra casita para esa familia que planeamos tener. Y cariño, no te preocupes por el dinero. Sé que tú y yo...", dijo interrumpiéndose para apuntarme con su dedo y luego señalarse, "yo cuento con lo que hace falta para comprar una vivienda grande y cómoda en la que todos nos sintamos relajados".

Entendí que hablaba de casa cómoda cuando compró una con nueve habitaciones en la zona más cara de la ciudad. Pensé que ese tipo de construcciones solo existían en las películas.

Había no solo habitaciones sino amplios pasillos, una piscina y un jardín que parecía un campo de fútbol. Cuando los chicos llegaron por primera vez a la casa, parecía que habían llegado a un parque de diversiones. Los entendía perfectamente.

Luego Mónica quiso abrir una cuenta bancaria conjunta. En pocos minutos ya habíamos hecho el trámite. Me molesté un poco cuando vi que su monto de apertura era mucho más alto que el mío, pero a ella no le importaba en absoluto.

Iba a pagar la inicial de la vivienda, pero no pude hacerlo. Mi suegro se enteró de los trámites y rápidamente firmó un cheque. Nos pidió que lo consideráramos el regalo de bodas de su esposa y él.

Como la zona no estaba muy poblada el precio era un tanto bajo, pero si viviéramos en otra ciudad el monto habría superado fácilmente los dos millones de pesos. A Mónica no le importaba. Yo estaba esforzándome para que mi espíritu se relajara tanto como el de ella.

Cuando vi mi nombre en el registro bancario, me sentí un poco nervioso. "Cariño, recuerda que es un obsequio de mis padres. Adelante". A ella no le costaba decirlo, pues era parte de esa familia, pero yo aún me sentía un poco intimidado. Sin embargo, mi ansiedad porque me hicieran daño bajó, hasta el punto de desaparecer.

Firmamos los documentos finales y nos abrazamos. Cuando nos mudamos, tomamos champán para celebrar. Apenas llegamos a la sala de estar, porque el deseo subió cuando nos acercamos y no pudimos continuar caminando.

Acarició mi erección y la deslizó cerca de su vagina. "Cariño, te haría el amor en el suelo, como antes, pero el bebé...". Puso sus piernas sobre mis caderas y

me rodeó con sus brazos.

Me apoyé en mis brazos y llevé mi cuerpo sobre el suyo. "No te preocupes por el bebé. Concéntrate en mi vagina". Hablaba con lujuria, pero me moví con delicadeza.

Era el hombre más feliz del universo. Le hice el amor. El corazón de mi hijo ya latía en su vientre. Por primera vez me acostaba con una mujer que llevaba a mi hijo en su vientre.

La presencia de mi bebé le daba una alegría adicional a nuestro placentero momento. Seguí moviéndome con delicadeza para no hacerles daño, penetrándola con calma. Eso no amainó ni mi deseo ni mi disfrute.

. Todo lo que necesitaba para ser feliz estaba ante mí. "Si seguimos así, ya quiero que hagamos los otros seis hijos que quieres tener". Sus lágrimas empezaron a correr ante mis palabras.

Epílogo

Augusto

Tras más de quince semanas de ansiosa espera, el día se acercaba peligrosamente. Había llegado el día más esperado por todos. La fecha de nuestra boda. Con el embarazo de Mónica, sus familiares hablaban y se abrazaban más que antes.

Mis hijos estaban impresionados de ver a tanta gente. Al final no habían llegado cuatrocientos invitados, sino quinientos quince. Los abrazaban y los besaban. No estaban habituados a tanta atención. Cerraron sus bocas con sus manos y me veían con sus ojos bien abiertos.

El lugar era tan grande que no podía saber si la ceremonia estaba realizándose en la sala principal o la entrada del club campestre.

El costo total de la ceremonia nunca lo supe. Su padre se había negado tajantemente a darme la cifra concreta. “No tienes que saberlo”, me soltó. Una mesa había sido dispuesta para que los invitados entregaran sus obsequios. Eran sobres de mucho dinero. Era una costumbre familiar. Un dormitorio había sido dispuesto para que los invitados que lo desearan nos dieran otros regalos. Lo habían llenado hasta la puerta con miles de presentes.

Me trataban de forma muy educada y se derramaban en atenciones con mis hijos. Y mis empleados fueron tratados como reyes. Habían alquilado un avión privado para que fuesen a la boda. Los habían mimado con mucha comida, trajes nuevos y habitaciones en un hotel de lujo. El valor de la familia, sin duda alguna, era importante para ellos. Me convencí en ese momento.

Por nuestra parte, nos alojamos en casa de sus padres. Allí comprendí por qué Mónica había querido adquirir una casa tan grande. La doblaba en tamaño y espacio. Y estaba llena de detalles de lujo, puertas de madera fina importada y sillas diseñadas especialmente para mi suegro.

Pero había más. Cabían unos doce autos en el garaje de mi suegro. Tenía

deportivos, camionetas y hasta un yate. El tío Alberto estaba pendiente de que no faltara ningún sobre en la mesa.

Le dije que si no dejaba la estupidez de amenazar a los invitados con sus papeles le contaría a su esposa sobre el auto que había comprado. "Vaya, ya usas tácticas rudas. Has tenido los peores maestros: mis sobrinos".

Tenía razón. Ellos me habían enseñado cómo abordar a las personas. Y también a convencerlos de comprar autos más caros. Después de varias reuniones con ellos y la búsqueda de varios locales, había abierto mi primer concesionario en Los Naranjos.

El negocio se había estabilizado y ya los números estaban en verde. Mis nuevos primos me habían ayudado a superar la crisis de ventas que tuvimos los primeros días. Contar con ellos me tranquilizaba.

Giovanni sabe mucho de negocios y tiene mucho talento para encontrar nuevos mercados. Ya teníamos otros planes para instalar más agencias en otros estados.

Ellos me habían dado la confianza para que me sintiera como uno más de ellos. Prácticamente me habían abierto los brazos y dado la bienvenida para que estuviera feliz. Durante toda la ceremonia mis oídos se llenaron de voces italianas que cada vez hablaban más alto. Todos irradiaban alegría, se saludaban y tomaban fotografías.

Durante la boda, muchos me pidieron que les vendiera algunos autos. Estaba concretando esas ventas, pero la madre de Mónica les dijo que me dejaran en paz, pues era una fiesta y no había que hablar de negocios en momentos así.

El padre de Mónica, que apenas hablaba conmigo en contadas ocasiones, se había acercado a mi oído y dijo algunas frases que sonaron bastante amenazantes. Me dijo que me arrancaría los dedos uno por uno con un alicate si me portaba mal con Mónica, mis hijos o el bebé en camino. Entendí el susto que habían sentido Vanessa y su padre.

El recuerdo llegó a mi mente, pero había sucedido hacía unos meses. Ya nos habíamos acomodado en nuestro nuevo hogar y Mónica hacía los preparativos para recibir al bebé. Había decorado la habitación y su vientre crecía enormemente.

Se asustaba cada vez que recordada que tendría al bebé en sus brazos... una

vez que pasara por todo el proceso de parto. ¡No había pensado en eso hasta que tuvo tres meses de embarazo!

"Creo que no voy a poder dar a luz". Pensé que era un chiste, pero cuando vi que no tenía fuerzas para levantarse y se aferró a las sábanas, entendí que debía sacarla de allí.

Ya su numerosa familia y mis padres estaban en el hospital. Los había llamado media hora antes. "Haría el trabajo de parto por ti, pero no puedo, cariño. Salgamos al hospital. Tu doctor ya nos espera".

La familia de Mónica había llegado dos días antes, cuando se suponía que ella daría a luz. No habían querido dormir en nuestra casa. Dijeron que ella se sentiría nerviosa con su presencia. Compartieron con nosotros una parrillada y salieron en la madrugada hacia su hotel.

Habíamos decidido esperar que naciera para saber si era niño o niña. Mónica aseguraba que sería un varón, pero a mí no me importaba. Solo esperaba que naciera sano y feliz. "Cálmate, cariño. Pronto tendrás a nuestro bebé en tus manos".

Vanessa estaba con mis hijos y yo no había querido llamarla para pedirle que los llevara, aunque quería que ellos estuvieran acompañando a Mónica en ese momento. La ayudé a salir de la cama con mis brazos. Esperé que se calmara por completo y tomara aire.

No quería molestar a Vanessa después de todo lo que había pasado, pero fue una agradable sorpresa y ver a los niños en la entrada del hospital. Mi madre me abrazó y me contó que había llamado a Vanessa para contarle lo del parto. Ella decidió llevarlos y que conocieran a su hermanito.

Vanessa estaba saliendo con alguien y estaba más tranquila. Había retomado la senda del amor. Quizás se había visto obligada a hacerlo tras la conversación que había tenido con mi suegro

Mónica lanzó unos gritos de dolor que se oyeron en todo el hospital. Unas cuatro horas después, estábamos impactados con el llanto que secundó su estruendosa voz. No se trataba de un llanto, sino de dos. Éramos los felices padres de gemelos. Ella tomó a uno y yo al otro. Ahora tendríamos que abrir espacio en el cuarto para él.

Cuando volvimos a casa, estuve pendiente siempre de Mónica y los niños. Mi

madre y mi suegra nos ayudaron en casa.

Compramos otra cuna, biberones y todo lo que hacía falta para el otro niño. Ambos quedaron instalados en la misma habitación. Mientras nuestras madres se quedaron en nuestra casa, las otras se quedaron en el hotel, por si necesitábamos ayuda. Quizás si la necesitaríamos. Había olvidado cuántos cuidados necesitaban los recién nacidos.

Rebeca y Manuel, quienes tenían esos nombres pues Mónica había decidido ponerles algunos que empezaran con la misma letra de sus hermanos mayores, recibían los mismos mimos de ella y toda su familia italiana. Me propuse evitar que no fuesen tan consentidos.

Mónica estaba feliz de ser madre y se tomaba todo con su actitud natural y despreocupada de siempre. Pero todos ayudaron. Rosalía y Marcos los ayudaban a dormir y mi madre era la abuela más feliz del mundo.

Mónica

Mis hijos menores ya tienen doce semanas. Son tres meses y decidimos bautizarlos pronto. Me alegra hacerlo, pero dejar eso en manos de mi familia me pone sumamente nerviosa.

Augusto siempre se preocupa cuando se trata de dinero, aunque trata de no hacerlo tanto como antes. He ahorrado para que se sienta más cómodo. Además, tenía algún monto ahorrado incluso antes de divorciarse.

Mi miedo era que volviera a estresarse cuando se entere que mi familia planea una ceremonia apoteósica, porque justo cuando empezaba a notar que las sumas bancarias no le causaban dolores de cabeza, decidimos lo del bautizo.

Mis senos siempre están llenos de leche materna. Y a él le encanta verlos y lamerlos con sus nuevos tamaños. Recordé que podría lograr que se olvidara de esos temas.

Alimenté a los gemelos y los acuné. Estaban dormidos cuando Augusto entró al cuarto. Me vio con deseo y se fijó en mi ropa. Sabía que quería besar mis tetas y supe que mi estrategia iba por buen camino.

"Qué triste, cariño. Estoy lleno de grasa. Mi auto se accidentó y tuve que arreglarlo en medio de la carretera". Tomé sus dedos filosos y llevé mis abultados senos a su boca.

Besé su boca apasionadamente. "Tranquilo, cariño. Llena mis tetas de esa grasa varonil. Ya hice la cena, pero quiero que me hagas el amor. Lo he querido desde que te fuiste a trabajar". Su pene se tensó y chocó contra mi vagina.

Se quitó toda la ropa. "¿Ya dormiste a los gemelos?". Izó mi cuerpo como si fuese su bandera

"Así es. Y no quiero que despierten". Me llevó a nuestro cuarto y lo despojé de su ropa interior. No perdí tiempo: tomé su erección con mi mano y la metí en mi boca. Augusto empezó a gemir. Justo lo que quería.

El tampoco perdió ni un segundo. Sus besos erizaron mi piel. Pasó a la acción rápidamente, lanzando mi cuerpo a la cama y metiendo su traviesa boca entre

mis piernas.

Quería que me cogiera. Contuve la respiración. Olvidé que quería seducirlo para que no pensara en el costo del bautizo. "Vas a hacer que derrame toda la leche de mis senos de lo excitada que estoy". Oyó mis palabras y fue hacia mis tetas, lamiéndolas suavemente.

Moví tiernamente su cabeza para que pasara por mis senos. Se deslizó por ellos mientras yo pensaba en dejarlo allí para siempre. Gemí varias veces.

Los vaivenes eran más fuertes con cada beso que su boca me regalaba. Sacaba toda la leche que podía. Me penetraba y cada empujón de su pene erecto me recordaba que hacer el amor era una experiencia mágica para ambos. La excitación hacía que mi cuerpo se arqueara.

Vi que todos sus músculos pasaron a un estado muy rígido. "¡Carajo, cariño! ¡Estoy ovulando!". Me cogió con más fuerza cuando me oyó. Si bien no era imposible que volviera quedar embarazada porque había pasado poco tiempo de mi parto, se lo decía porque sabía que eso lo excitaba. Quería que pensara en penetrarme para que tuviéramos otro hijo.

"Cógeme. Vente en lo más profundo de mí. No pares. Después házmelo por el culo para que yo pueda venirme ¡Rómpeme el culo!

Seguía bombeando dentro de mi vagina hambrienta. "Carajo, Mónica, ¿qué tienes esta noche?". No pude responderle, pues tomó mis senos con su boca bien abierta y se sació con mi leche. Era su forma de decirme que no esperaba mi respuesta. Lo hizo tan duro que acabé en tres ocasiones. Sabía que se vendría pronto, pero lo dejé seguir para que lo hiciera cuando no pudiera más.

Cuando me recuperé, decidí contarle todo. "Mi padre abrió un fideicomiso para nuestros gemelos. Es su obsequio por el bautizo. También abrió uno para tus hijos, de tal modo que no se sientan rechazados por no ser sus nietos biológicos". Lo abracé y dejé mi cabeza en su pecho.

"¿Cómo dices?". Su boca estaba abierta de par en par.

"Sí, es un dinerito...".

Sus ojos parpadeaban sin parar y sus manos temblaban. "¿Dinerito? Dime cuál es la cifra".

"Me dijo que uno para Marcos, otro para Rosalía y seis para cada gemelo".

"Seis millones, ¿Y un millón para los otros?". Iba a contestar afirmativamente, pero no me dio tiempo. Volteó mi cuerpo con brusquedad y sacudió mi culo con dos nalgadas.

No tenía la certeza de que lo hiciera porque estaba alegre o molesto, pero no dije nada. Quería que se relajara y se concentrara en hacerme feliz.

Para que no quedara nada de esos malos momentos, decidí volver a hacerle el amor y luego le recordé que tenía mucha hambre. Lo hicimos de nuevo y él se vino, con lo que me convencí de que ya se había olvidado de todas sus preocupaciones.

"Tus familiares no dejan de sorprenderme"

"Lo sé. Cuando mis bisabuelos llegaron a este país no tenían nada en los bolsillos y les tocó empezar sin nada. Empezaron poco a poco, hasta que el negocio prosperó. Por esa razón, mi padre valora mucho que sus hijos y nietos cuenten con lo que les haga falta. Lo hace porque saben lo que es ser pobre"

"Marcos y Rosalía no deberían recibir..."

"¿Ahora eres estúpido?"

"Discúlpame, cariño. Agradezco a tu familia que los acepten como unos integrantes más. Es solo que a veces olvido quién eres y de dónde vienes".

"No puedo verlos de otra forma. Son mis hijos". Los asumía como tal. Aunque Vanessa seguía teniendo algunos problemas con su vida, ya incluso ella sabe que no debe meterse en mi vida. Meterse con mi familia es algo que nadie debe hacer. No lo hago con nadie y espero que nadie lo haga conmigo.

Vi que Augusto estaba contento de saber sobre la decisión de mi padre. No puedo desechar a los hijos de Augusto como si no fuesen míos. Aunque no los traje al mundo, los considero como si fuesen mis niños también. Dejé que mi cuerpo descansara. Decidí que luego le contaría que había invertido una suma para ampliar su concesionario.

Bautizamos a los niños el mismo día que había sabido que estaba embarazada de nuevo. Mi madre había estado conmigo y me había abrazado mientras lloraba.

Poder contarle a Augusto sobre mi nuevo lo haría muy feliz. Lo sería más si se lo decía durante el bautizo. Había muchas cosas agradables que contarle,

como el hecho de que Rosalía le había pedido suavemente a Miguel que le regalara un caballo, cosa que él ya había hecho, o que quería abrir un hipódromo. Y él había aceptado ayudarla con la idea.

Fin

OTRAS NOVELAS DE EMILIA HOVER

[Una Propuesta Irresistible \(Leer novela\)](#)



[Como abeja al panal \(Leer novela completa\)](#)



[Tu por mí, yo por ti \(Leer novela completa\)](#)

